

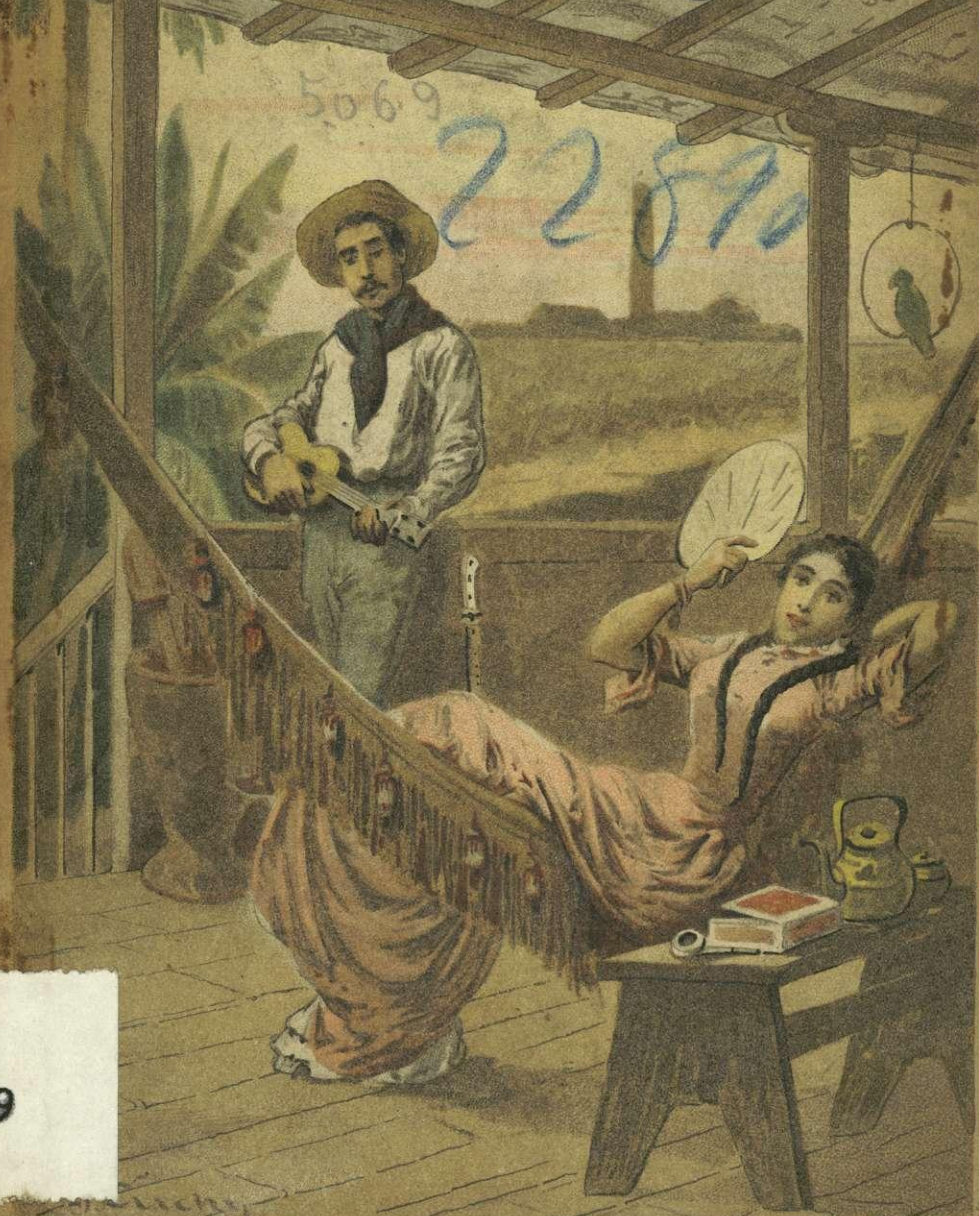
VIAJES POR AMÉRICA



A. J. BASTINOS
EDITOR

1
68359

LAS ANTILLAS.



1
68.359



ANTONIO J. BASTIROS
BARCELONA

Antonio J. Bastiros

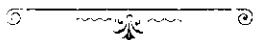
BARCELONA

LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR

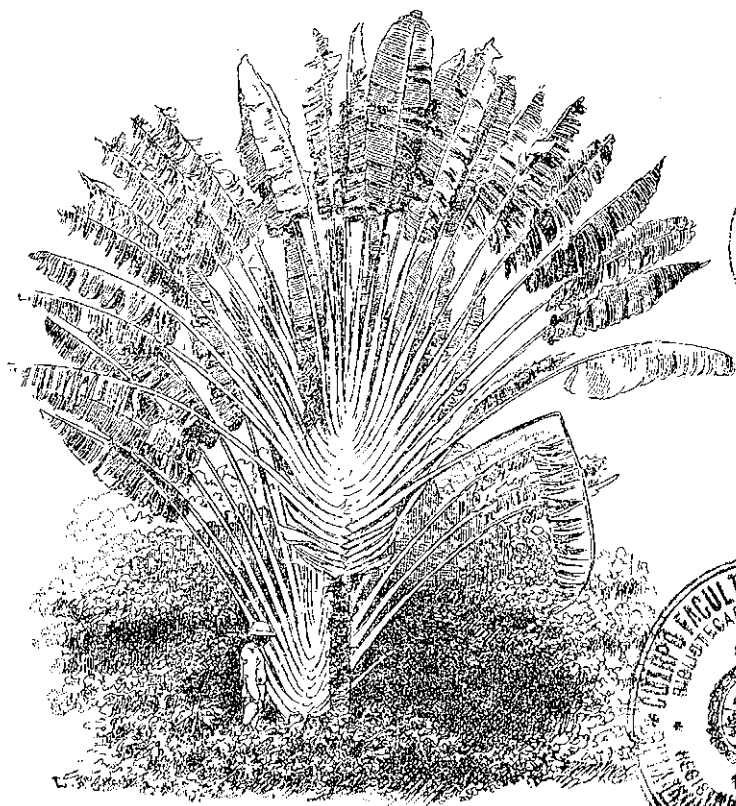
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306

1898

ANTONIO CORTÓN



LAS
ANTILLAS



CUBA.—PUERTO-RICO.—LA MARTINICA.
SANTO DOMINGO.—HAITI.—JAMAICA.—GUADALUPE.
SAN THOMAS.—TRINIDAD.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



PROYECTO DE VIAJE



Lo dicho, señores..... No admito sobre esto discusión ninguna. Estoy enamorado de mi pensamiento, y yo no soy hombre que desisto de llevar á cabo lo que se me meté en el magín. ¿Qué tiempo me quedará ya de vivir?.....

—¡Por Dios, Anselmo! Si estás más sano que una manzana y más fuerte que un roble... dijo D. Luis saboreando, sorbo á sorbo, la copita de *cognac*.

—Y esa es la verdad —añadió D. Cosme.—Nuestro respetable amigo D. Anselmo es capaz, de un puñetazo, de echar por tierra la Giralda.

—Gracias, amigos, por los piropos... Pues, como iba diciendo, á pesar de que estoy, como veis, bien conservadito, ¿cuántos años me quedarán por delante?... Diez, doce, quince á lo más... ¿No sería una vergüenza verlos transcurrir ociosamente en este café ó en el Circulo, sin más ocupación que charlar contigo, militarote retirado, y ver la cara á usted, empleado en el Ayuntamiento desde que nació? Sería el colmo de lo ridículo...

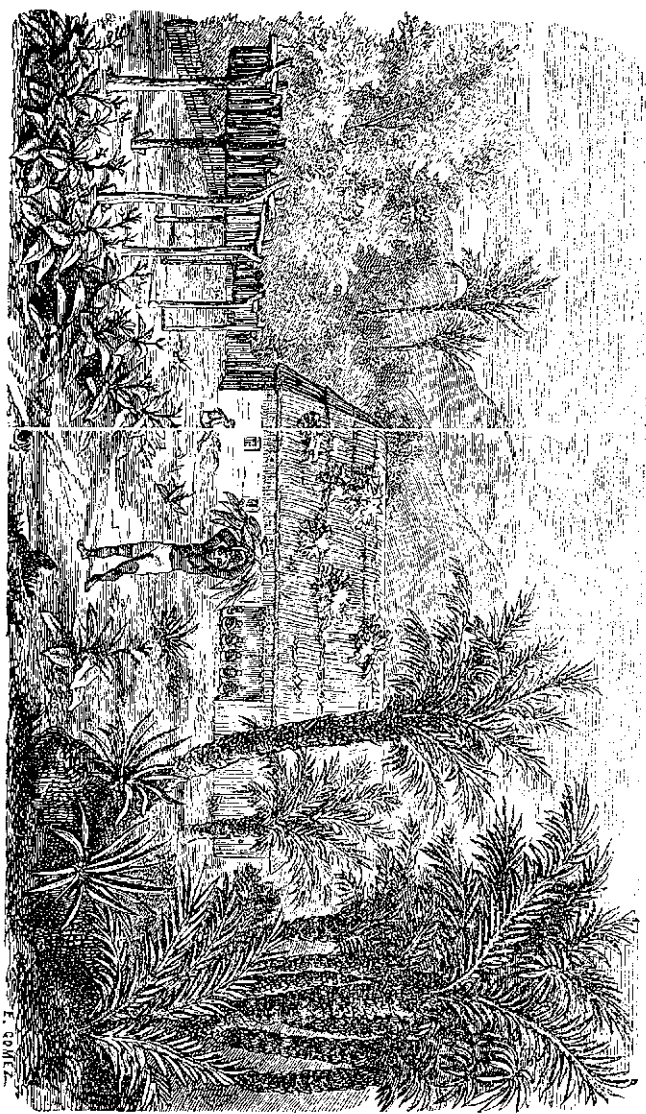
—Y ¿qué pretendes hacer?... Vamos, haznos el favor de explicarte...

—A eso voy. Pretendo morir como he vivido, es decir, como comerciante de altos vuelos, como negociante *fin de siglo*, como artista de la oferta y la demanda. Soy millonario, y mi dinero, colocado en acciones de ferrocarriles, en papel del Estado, en fincas urbanas, en la luz eléctrica y en cien cosas más, produce un interés despreciable, y yo, que como sabe todo el mundo, fui siempre una fiera para el trabajo, me encuentro hoy más aburrido que la Torre del Oro en frente del Guadalquivir.

—Dios da barbas al que no tiene quijadas—observó D. Luis Aguayo, contemplando su rostro—muestrario de química—en el espejo de enfrente. Y luego añadió:

—Con tu dinero, con tu cartera llena de billetes de Banco, á cualquier hora se aburría Luis Aguayo... Sevilla es la tierra del amor, del placer, la patria de Don Juan Tenorio y de Fígaro...

—Para sacudir el tedio que me consume,—continuó D. Anselmo, sin hacer caso de la interrupción de su amigo—necesito salir de aquí, atravesar una vez más el océano, volver á mi querida América, donde pasé mi juventud y donde gané, sudando el quilo, tantos pesos fuertes. Pero ahora no volveré al continente. Iré á las islas. Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Jamaica, la Martinica, las Antillas españolas y las extranjeras son un campo donde hay mucho que espigar todavía. El café, el cacao, el tabaco, el ron, el azúcar de caña, todo eso es oro puro; pero hay que ir á buscarlo allá, sacarlo de la mina, y ofrecerlo, sin falsificaciones de ninguna clase, al público de España. Mentira parece que el café de primera clase de Puerto Rico—tesoro de las vegas de Yauco—no llegue nunca á Madrid, y que, en cambio, vaya á Bremen ó al Havre. El cacao, tan codiciado por



Loscaja del Tabaco.

E. GOMEZ.

los estómagos *cultos*, di, Cosme, ¿lo has encontrado alguna vez, por casualidad, en el chocolate que todas las mañanas, cuando vas á salir para la oficina, te prepara tu pobre mujer? Y tú, Luisito, que eres, como fumador, una chimenea, y que te envenenas todos los días con ese tabaco, cuya hoja nos trae de Virginia la Compañía Tabacalera, para ser elaborado, ahí en la fábrica, por esa graciosa cigarrera que tanto te gusta ¿no te indignas al ver que siendo nuestros los territorios en que se produce la mejor hoja de tabaco del mundo, estemos condenados los españoles á chupar pacientemente esas infames *tugarninas*, cuyo solo aspecto *causa risa* á los americanos, cuando vienen por estos barrios? Y ¿qué tenéis que decirme del ron? ¡Vaya al diablo el *Cognac* que Francia nos mete por los ojos y que nosotros sabemos fabricar mejor que nadie aquí al lado, en Jerez!... Una copita ó dos de buen ron, de legítimo ron de Jamaica, es el complemento indispensable de una buena comida...

Don Cosme Alegria, con aire distraído, soñoliento á ratos, escuchaba aquel vehemente discurso en que se trataba de cosas que á él le parecían puramente fantásticas. Misero empleado del Ayuntamiento que había llegado, á fuerza de años y de servicios, á la plaza de oficial primero del negociado de quintas, nunca se había permitido el lujo de lo supérfluo. El café de Puerto Rico, el tabaco de la Vuelta-Abajo, el ron de Jamaica, eran para él cosas de un extraño sibaritismo que no estaba al alcance de sus medios. Se consideraba feliz cuando algún domingo ó cualquier otro día de fiesta, después de su frugal comida, podía saborear su gran vaso de café en la cervecería de la calle de las Sierpes. Ordinariamente se reunían allí los tres amigos y se pagaba *à escote*. No sabía D. Cosme si el café que tomaba y que á él le parecía de perlas, procedía de Puerto Rico ó del Paraguay. Admiraba de buena fe, con toda su alma, á

D. Anselmo Alvarez, su amigo de la infancia; sevillano laborioso y audaz que había sabido hacerse millonario en Méjico; y como no era envidioso, no tenía pena por sus triunfos pasados ni se sentía molestado por sus proyectos futuros.

No así D. Luis de Aguayo. También era éste un inseparable amigo de D. Anselmo, y amigo desde la infancia. Juntos habían correteado, siendo niños, por la alameda de Hércules y por los alrededores de la Cartuja; juntos aprendieron el silabario y juntos habían servido de *cicerones* á los ingleses que visitaban el Alcázar, la Catedral y la Casa de Pilatos. No se habían separado nunca hasta el día en que Anselmo, á los quince años, partió para Cádiz, donde embarcó para América. Cuatro años después entró Luis en quintas, tocándole la suerte de soldado y siendo destinado á servir en Africa bajo las banderas de O'Donnell y de Prim. ¡Cuánto tiempo pasado desde entonces! Y ¡qué alegría, al volverse á encontrar, al cabo de los años mil, junto á las hermosas casetas de la brillantísima Feria, convertido Luis en comandante del ejército español, y Anselmo en indiano forrado de billetes de Banco desde la coronilla hasta las pezuñas.

Que D. Luis odiaba á D. Anselmo, nadie que de imparcial se precie se atrevería á afirmarlo. ¿Le quería? El afirmarlo con certeza ó negarlo con exactitud tampoco era fácil.

El mismo D. Luis, poniendo sobre su conciencia la mano, hubiérase visto perplejo al analizar sus sentimientos con respecto al que llamaba su amigo. Pruebas de estimación le había dado sin duda. Una vez que el indiano estuvo enfermo,—una pulmonía formidable—D. Luis no se separó ni un momento—durante muchos días—de la cabecera de su cama. Otra vez estuvo á punto de batirse con cierto lenguaráz que había ofendido

á Anselmo. En cambio, no podía sufrir las vanidades del indiano, sus frecuentes alardes de riqueza, ni la narración de sus épicas aventuras en busca del millón. En esos momentos, le odiaba, sí señor, le odiaba ferozmente... ¡Pues no venía ahora, al cabo de la vejez, con otro proyecto de viajecito!.. Volver á América, á las regiones de la fiebre amarilla, ir á buscar allí, cómo si aquí no hubiese esas cosas, ron y cacao, tabaco y café... ¡qué necedad!.. Aquello no podía tolerarse, y D. Luis se desahogó en estos términos:

—Opino, querido Anselmo, que debes de estar loco... Un hombre de tu posición, de tu edad, accionista del Banco de España y diputado provincial, aunque sólo para decir *si ó no*, debe tener más seso para discurrir. Volver á América ¡qué locura! ¿Qué vas allí á buscar que ya no poseas, que ya no te sobre?... ¿Dinero? ¡Si eres un *Rochil*!.. Si se tratase de mí, que soy más pobre que las ratas y que sólo cuento, para poner el puchero, con mi retiro... se comprendería; pero tú... ¡Voto al diablo! No sé cómo me contengo y no te tiro esta copa á la cabeza...

—Tú siempre lo mismo,—dijo D. Anselmo con calma. Tienes la desgracia de no hacerte cargo de las cosas. Voy á América, mal que te pese, porque me muero aquí de fastidio. Los hombres del trabajo sentimos siempre la nostalgia del trabajo. Voy á América, por las razones que ya te he dicho, por...

—Por ambición, por codicia, porque eres insaciable...

—Por eso, y por lo otro, y por lo de más allá y, sobre todo, *porque quiero*, ya que soy dueño de mis acciones.

—Por tu desgracia... Más te valiera estar bajo tutela...

—¡Luis!..

—¡Anselmo!..

D. Cosme, con formas diplomáticas, intervino en la contienda... Su hábil y reposada elocuencia dió la razón á los dos. Tenía razón D. Anselmo al intentar reverde-

cer los laureles de su juventud. Tenía razón D. Luis al interesarse por la salud de su amigo y al lamentar su partida. Después de todo, el viaje sería corto. Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Jamáica, tal vez la Martinica... Cuestión de seis meses... Él, D. Cosme, se ofreció á administrar, mientras durase la ausencia de Don Anselmo, sus fincas urbanas de Sevilla. Y, en nombre de D. Luis, se permitió hacer otro ofrecimiento, á saber: que el bizarro y cortés militar iría, por lo menos, dos veces á la semana á ponerse á los pies de Sunchita, sobrina y única heredera de D. Anselmo, solterona y fea, pero con algo—no sabemos si material ó moral—que hacía soñar al buen D. Luis.

Ante aquella insinuación de D. Cosme quedó desarraigado D. Luis. Y no sólo se dió por convencido, sino que alabó, con hiperbólicas frases, las felices ideas de su amigo, su espíritu emprendedor, su infatigable amor al trabajo. Y no paró aquí: tuvo además una idea, una idea suya, original. Y, saliendo de la cervecería los tres amigos, bajando por la calle de las Sierpes hácia la plaza de la Constitución, á fin de tomar la calle de Génova, en donde residía el ilustre indiano, D. Luis habló así:

—Las cosas, querido Anselmo, hay que hacerlas bien. Y cuando uno ha sudado mucho, como vas tú á sudar, para realizar un pensamiento, nada más justo que lucirlo después, y darse un bombito. A fines de este año ya estarás de vuelta con tus sacos de café y de cacao, tus damasanos de ron, tus bocoyes de azúcar... Todo eso tienes que dárselo á conocer, hacerlo valer, ostentarlo. Todos los años, ya lo sabes, el 18 de abril, da principio la Feria, á la que viene toda España, á la que acude mucha gente del resto de Europa. ¿Qué te parece la idea de hacer construir una caseta é instalar en ella un *Café americano*, donde se sirva el auténtico café de

Puerto Rico, el legítimo cacao de Santo Domingo ó de Cuba, el verdadero ron de Jamáica ó de la Martinica? A la puerta, una hermosa mulata, que te traerás de las



Mulata criolla moliendo café.

Antillas, molerá el café..... Daremos *color local* á nuestra caseta, construida con mucho arte, adornada con lujo ¡aquí de tus pesetas! y con tal profusión de detalles y

con tantas *cositas* americanas, que *Las Antillas* (así la llamaremos) pueda convertirse fácilmente en punto de cita de todos los hijos de América y de los hijos de otras partes, hasta conseguir que el cubano, al hallarse allí, exclame: «Estoy en mi *tierrasita*,» y que el gallego, por ejemplo, al salir, diga, relamiéndose: «He bebido, por primera vez en mi vida, ron...» Y excuso decirte, Anselmo de mi alma, lo que habrá de servirte, para la propaganda de tus sacos y de tus bocoyes, nuestra caseta..... Los tres días de feria pasarán; pero, en cambio, la fama de tu grandioso almacén de Sevilla durará eternamente.

Aprobado, aprobado por unanimidad. Y... dicho, y hecho. No era hombre D. Anselmo Álvarez que necesitase, para realizar sus proyectos, meses ni siquiera semanas. Porque como á las grandes ideas podía juntar los grandes medios, cosa que él imaginaba, por difícil que fuese, era cosa hecha... y punto final.



En el vapor «Alfonso XII».—Las pequeñas Antillas.

El vapor «Alfonso XII», de la Compañía Trasatlántica, debía zarpar de Cádiz el día 30. Pero D. Anselmo anticipó dos ó tres días su salida de la ciudad del Bétis, porque, á fuer de hombre práctico, quiso detenerse en Jerez para llevarse á las Antillas—matando así dos pájaros de una pedrada—la representación de las principales bodegas. Logrado que hubo este intento, siguió para Cádiz, donde se embarcó, no sin haber puesto antes afectuosos telegramas de despedida á su sobrina Suncha y á sus amigos D. Luis de Aguayo y D. Cosme Alegría.

Al tomar posesión de su camarote, advirtió que tenía por compañero de casa á un inglés. Era éste Mr. Raleigh, gran productor de azúcar y ron en Jamaica, el cual, después de un viaje de negocios por París, Marsella y Barcelona, se restituía á Kingston, pasando antes por Puerto Rico y Cuba. Era hombre de una urbanidad exquisita. Hablaba el castellano correctamente y poseía una ilustración envidiable.

El andaluz y el inglés simpatizaron desde los primeros momentos. Para entretener los largos ocios de la navegación, echaban con otro pasajero su partida de tre-

sillo, oían en el salón de música tocar habaneras á una gentil señorita cubana y asistían á las incesantes discusiones políticas que sostenían todas las tardes, en el saloncillo de fumar, dos señores de Puerto Rico, *incondicional* el uno y autonomista el otro, mallorquín el primero, portorriqueño (de la ciudad de Ponce) el segundo. Discusiones que degeneraban siempre en disputas y concluían con insultos personales. El mallorquín llamaba al portorriqueño *separatista* y *filibustero* y éste obsequiaba al otro con los epítetos de *intruso* y de *explotador del país*.

El vapor hizo escala en Las Palmas (Canarias). Dejar mercancías de la Península, embarcar inmigrantes para América y surcar las ondas otra vez, obra fué de unas pocas horas. El inmenso Atlántico estaba tranquilo y juicioso. Durante algunos interminables días, no tuvieron más espectáculo que el del cielo y el mar.

Una tarde, después de haber vaciado juntos una botella de champagne, dijo Mr. Raleigh á D. Anselmo:

—Nos acercamos al mar de las Antillas, el mediterráneo americano. ¡Qué interesante es leer cuanto han escrito los geógrafos sobre este archipiélago!... Heer, Reclus, Berthelot, Humbold y Dawson opinan que las islas llamadas Antillas son trozos de un antiguo continente que desapareció á principios de la edad pos-terciaria y que estuvo situado entre Europa y América. Quizá sería este continente la *Atlántida* de que habla Platón.

—Y la palabra *Antillas* ¿de qué proviene?

—La palabra *Antillas* viene del vocablo *Antilia*, nombre aplicado por el historiador Pedro Mártir de Anglería al vasto archipiélago que descubrió Colón, casi por completo, en su primero y en su segundo viaje.

—Y este nuevo mundo—dijo D. Anselmo con tristeza—era nuestro, de los españoles...

—Es verdad. Nada menos que un Papa, Alejandro VI,

por una bula famosa, dividió entre españoles y portugueses las nuevas tierras que á la sazón se descubrían.

—Y hoy sólo nos quedan en América Puerto Rico y Cuba...

—Dos islas que son dos perlas. Es un resto valioso. Menos ha conservado Portugal, que hoy no posee nada en el nuevo mundo. Es la ley invariable de la historia. El fuerte aplasta al débil. Este mar ha sido testigo de la rapacidad de los aventureros de todas las naciones. La piratería, la trata de africanos han teñido de rojo y negro, en días no lejanos, estas olas azules y trasparen-



San Thomas, isla danesa.

tes. Mientras los reyes contendían en Europa, sus súbditos *copaban* islas (esta es la palabra) en América. Se hacía después en el viejo mundo un tratado de paz, y el hecho consumado en estas latitudes recibía sanción... En la primera mitad del siglo xvi, durante las guerras entre Francia y España, muchos aventureros franceses que estaban en la isla de Tortuga, cerca de la costa Noroeste de Santo Domingo, entran en esta isla y conquistan gran parte de ella. Y este acto de rapacidad es sancionado después por el tratado de Ryswich. Y así nace la colonia de Haïti, la *Francia negra*, como la llamaba Michelet. Y por la misma ley de la

fuerza, arrojados por el potente brazo de Toussaint L'Ouverture, salen de Haïti los franceses y se levanta allí, á principios del siglo actual, una nación independiente. En el siglo xvii, Jamaica, mi patria, que pertenecía á España, cae en manos de Inglaterra. Dinamarca se apodera de San Thomas. Naves inglesas, holandesas y francesas, cargadas de aventureros aguerridos, ponen sitio en distintas épocas á la isla de Puerto Rico. Cuba es atacada por Inglaterra. Y sólo hablo de los sucesos de que fué espectador mudo el mar Antillano, surcado en otro tiempo por las *piraguas* de los indios *caribes*...

—¡Ah!—dijo D. Anselmo—Si el gran Colón resucitase y volviese á hacer aquel viaje sublime que comenzó en el puerto de Palos y terminó en Guanahani, ¿qué pensaría de los cambios que este archipiélago ha sufrido!..

—Empezaría tal vez por asombrarse al ver en el mar de los caribes la preponderancia inglesa. De las grandes Antillas, que son cuatro—Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Jamaica—esta última nos pertenece. Entre las pequeñas Antillas, las llamadas islas de Barlovento, casi todas son nuestras. Tenemos también, en número de más de 700, al Norte de Cuba, el grupo de Las Lucayas ó Bahamas, una de las cuales es la Guanahani que nombró V. antes, primera tierra que descubrió Colón. Nos pertenecen las islas vírgenes, desgranadas al este de Puerto Rico; y á 1.200 kilómetros de las Bahamas, ya en pleno Atlántico, 150 islotes, llamados las Bermudas ven alzarse también la bandera de Albión. Todas estas islas—agregó con mal encubierto orgullo Mr. Raleigh—añaden 1.236,000 hombres y 3.456,000 hectáreas á la inmensidad del imperio inglés.

—Y, fuera de Jamaica,—preguntó D. Anselmo—¿cuáles son las islas inglesas más importantes?

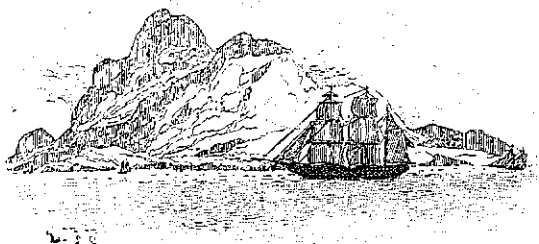
—Las más importantes están entre las islas de Barlovento. Este grupo se halla constituido por la cadena de

islas que se extiende en forma de semicírculo desde Trinidad hasta las Vírgenes. La mayor, antes francesa, es Trinidad, próxima á Venezuela, con 454,400 hectáreas y 15,400 habitantes. Sigue después Barbada, la



Trinidad.—Isla inglesa.

más oriental de las antillas, con 400 habitantes por kilómetro cuadrado. Son también notables, aunque poco pobladas, la Dominica, Santa Lucía, y Granada, que fueron francesas, y San Vicente (ya ve V. que voy *cas-*



Isla Montserrat.

tellanizando los nombres) famosa por el volcán de Morne Garrón, cuyas erupciones son causa de los terremotos que suelen sentirse en las pequeñas Antillas. También es volcánica la isla de Montserrat, llamada así por Colón

á causa de su ligera semejanza con el Montserrat catalán.

Don Anselmo Álvarez, varón apreciable por todos conceptos, pero que, en lo tocante á hacer preguntas á quema ropa, era más terrible que un niño precoz, había encontrado en Mr. Raleigh el hombre que necesitaba. El inglés, por su parte, se complacía en responder, porque así lucía y ostentaba su ilustración, adquirida á fuerza de devorar volúmenes, allá en sus plantaciones de Jamaica. Los dos amigos se completaban. Su existencia, á bordo del «Alfonso XII», era una incesante *interview*.

Don Anselmo, después de un instante de silencio, empleado en encender un cigarro, hizo la siguiente observación:

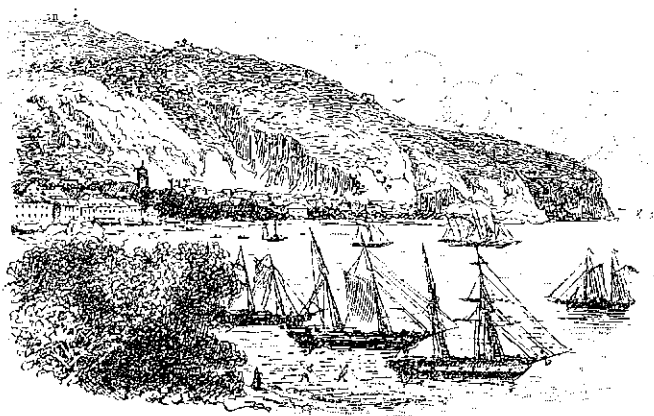
—Mucho, mucho ha perdido España en América; mas á juzgar por lo que V. decía, hace poco, al hablar de la Trinidad, la Dominica, Santa Lucía y Granada, también Francia ha perdido mucho.

—Indudablemente. El Canadá, del que había tomado posesión Francisco I en 1524, dejó de ser francés en 1759. La Luisiana fué vendida en 1803 por Bonaparte á los Estados Unidos. Ese moderno César, como le llaman los latinos, dejó perder también, por su ceguedad, la rica colonia de Haití. Hoy sólo quedan á Francia, en la América del Sud, la Guyana, y cerca de Terranova, las islas de Saint Pierre y Miquelón. Aún conserva también—concretándonos al mar de las Antillas,—la Martinica y la Guadalupe.

—Tengo entendido que son colonias importantes.

—No mucho. La Martinica es hermosa, más bien linda, pero pequeña. Sobre 98,700 hectáreas de territorio se mueven 177,000 insulares, entre los cuales hay apenas 10,000 blancos.—El clima de la *Martinica*, como la llamaban los caribes, no es favorable á los franceses.

Estos rehuyen el trabajo de las plantaciones, confiado á los negros y á los chinos y que los primeros suelen, á lo mejor, abandonar para ir á buscar el oro en los ríos de la Guyana. Fort-de-France, capital de la isla, con 15,000 habitantes y un puerto admirable, donde hacen escala los vapores de las grandes compañías trasatlán-



Saint Pierre.—Martinica.

licas, es muy inferior en población y en movimiento comercial á la ciudad de Saint Pierre, la mejor de la isla. La exportación del azúcar y del ron—éste aspira hoy á *hombrearse* con el de Jamaica—da mucha vida á las dos ciudades. En la Martinica—y esta noticia es curiosa—pasó su infancia y su primera juventud la célebre Madame de Maintenón.

—Y la otra colonia, la Guadalupe, ¿tiene alguna importancia?

—Es una joya de la naturaleza. Pero hay que advertir ante todo que la pequeña Antilla francesa denominada «La Guadalupe» se divide en dos islas, separadas por un canal marino,—la Rivière Salée—de 30 á 120

metros de anchura. La primera isla es la Guadalupe, propiamente dicha, con 82,000 hectáreas, que tiene por capital á Basse Terre (12,000 h.) La segunda es la «Grande Terre,» con 56,000 hectáreas. Su capital es Pointe á Pitre, con 17,260 habitantes. Tiene la Guadalupe como dependencias algunos islotes. El mayor de estos (16,000 hectáreas) es el Mari-Galante.



Pointe á Pitre.—Isla de Guadalupe

—Para Francia resultará sin duda algo difícil la administración de esas colonias.

—Ni mucho menos. En Francia la administración central de las colonias estuvo siempre unida al Ministerio de Marina; pero desde 1886, el almirante Aube dió competencia á un sub-secretario de Estado para todo lo concerniente á la administración colonial. Hoy la Martinica y la Guadalupe se gobiernan según el sistema de la *asimilación*, que dicen en España. Hay libertad bastante. Existe en ambas Antillas, desde 1870, el sufragio universal y rige la misma ley municipal que en la metrópoli.

Mr. Raleigh sacó de su cartera, desdobló y extendió sobre una mesa un pequeño mapa del mar de las Antillas, verdadera filigrana litográfica:

—Vea V.—dijo—el mar de las Antillas. Aquí tiene us-

ted las grandes Antillas; aquí las Lucayas ó Bahamas, de que hablé al principio; este reguero de islillas son las de Barlovento, en que me ocupo ahora. Dinamarca posee aquí tres diminutas islas: Santa Cruz, San Juan y San Tomás, esta última hoy decaída, pero que tuvo su importancia, hace veinte años, como depósito comercial y puerto de escala de los vapores trasatlánticos. Vea V. estos tres puntos, apenas perceptibles: Son Saba, San Eustaquio y San Martín. Antillas holandesas, menos la mitad de la última, que pertenece á Francia. También tiene Holanda entre las islas de Sotavento, otras tres antillas, que son Curaçao (á 75 kilómetros solamente de la costa de Venezuela), Buen Ayre y Aruba; pero están al Sud, y como ahora navegamos á bastante distancia de ellas, las dejaremos para mejor ocasión. Además, carecen de importancia. Entre las Antillas, sólo debe V. visitar las cuatro mayores, si es que tiene usted valor para ir á Santo Domingo, que no se lo aconsejo. En cambio, no deje V. de correrse hasta Jamaica. Allí, en Kingston, le esperaré á V. con los brazos abiertos y una botella del ron más exquisito del mundo.

—Acepto con sumo placer la invitación.

—En aquel momento, el capitán del «Alfonso XII,» que paseaba sobre cubierta, se acercó á los dos amigos para anunciarles que al día siguiente, á la madrugada, empezaría á dibujarse en el horizonte la costa de Puerto Rico. La grata noticia fué celebrada con Champagne, que pagó D. Anselmo.



Carta que á su amigo D. Luis de Aguayo, residente en Sevilla, escribió desde Puerto Rico D. Anselmo Alvarez.

San Juan, febrero 14.

Aquí me tienes, querido Luis, desde hace tres días, en la capital de la pequeña Antilla, la «muy noble y muy leal», según reza su escudo. Y en verdad que lo ha demostrado, como verás después.

Once días justos de navegación, desde la salida de Cádiz, eran para aburrir á cualquiera. Considera, pues, nuestro júbilo al entrar por la boca del Morro, en esta



Tiburón.

encantadora bahía, escoltados por una bandada de tiburones, enormes y feos, que á través del agua transpa-

rente, á uno y otro lado del barco, exhibían sus aletas negruzcas. Uno de los pasajeros, madrileño legítimo, hizo un chiste frustrado, comparando á los terribles mónstruos con los patos del estanque del Retiro.

Entre dos castillos, San Cristóbal y el Morro, se alza la población de San Juan, con sus edificios de nívea blancura, dorados por la brillante luz de los trópicos, y su cintura de murallas que le dan cierto aire guerrero, impropio, en verdad de su verdadero carácter de población burocrática y mercantil. Era domingo. Ondeando en las azoteas de los edificios públicos, se veía la bandera española. ¡Con cuánto placer la saludamos!...

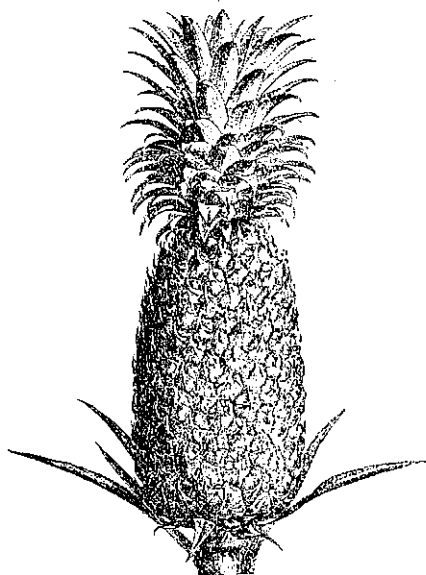
Fondeamos á poca distancia del muelle. Espléndido el panorama de la bahía. Para mí, que ya conocía la naturaleza americana, no era nueva la cosa; pero los compañeros de viaje, que venían por primera vez, lanzaban exclamaciones de asombro. El cielo, la luz, la campiña, la vegetación exuberante, nada de esto se ve por allá. La campiña de Pontevedra, no con su luz, sino con ésta, podría darte una idea muy remota.

Una falúa, con la bandera nacional, atraca al costado del buque, y un caballero que viene en ella sube á visitarnos. Le acompaña una señorita bastante bella, trajeada á la moda de Madrid. Viste el caballero americana de alpaca, chaleco y pantalón de dril blanco, y redondo sombrero de paja fina. Rodea su cintura un fajín. Pregunto quién es, y me dicen que es el gobernador de la isla, teniente general, en cuyas manos reside á la vez la autoridad militar y civil. La señorita es su hija. El gobernador, por su pergónio y sus formas, más que un César terrible, parece un pacífico productor de azúcar. Al verle en tan democrático traje, y armado, no del cortante acero, sino del blanco quitasól, se diría que el buen gobernador más teme al ataque de la fiebre amarilla que al ataque de los filibusteros. Si es así, está en

lo cierto; porque la fiebre amarilla mata, mientras que los filibusteros de aquí, si los hay, me parece que han de ser incapaces de matar un mosquito.

Mas no divaguemos, y adelante.

Multitud de negros y mulatos, en mangas de camisa y con sombrerito de jipijapa, invade, ofreciendo sus botes, la cubierta del trasatlántico. Dos ó tres negritos (aquí hay que llamarles *morenos*, para que no se enfaden, y aunque ostenten el color del betún) se apoderan



Piña de América.—Anana.

de mi equipaje, lo trasportan al bote é invitan al *niño* (el *niño* soy yo) á saltar á él. Fuí á dar el último abrazo á Mr. Raleigh—un inglés, compañero de camarote, de quien tengo que hablarte mucho—y volví á buscar á mis boteros. Y por cierto que si ellos mismos no me llaman, á su lado estaría horas y horas pasando sin co-

nocerles. ¡Cualquiera distingue á un *moreno* de otro... Si tienen todos la misma cara!...

En fin, llegué, ví, y... almorcé. Aquí se almuerza á las once de la mañana, se come á las cinco de la tarde, y se cena (un ligero chocolatito) á las nueve ó diez de la noche, al meterse en la cama. Almorcé, como te iba diciendo. Y era, por cierto, el día de la semana en que el



Ayuntamiento — Puerto Rico.

menu se forma con platos *indígenas*, de la tierra. Mofongo, pasteles de plátano y de maíz, arroz blanco revuelto con calamares, carne frita deshilachada, arepas y tostones, etc., y, como postres, guineos dátiles, orejones de pajuil, piñas, nísperos, etc.; todo esto, en grandes fuentes y soperas, se colocó, según la costumbre del

país, *al mismo tiempo* sobre la mesa. Desde mis buenos tiempos de Méjico y de la América Central conocía yo algo de esos manjares; y como estaba algún tanto aburrido de la cocina del vapor, almorcé con bastante apetito.

Y llegó el momento deseado, el momento del café, del café del país, sazonado con azúcar del país y con unas gotitas de ron del país. Para los españoles que hemos vivido algún tiempo en América y cerca de las Antillas, como yo en Méjico, el café, aunque sea malo, aunque sea como el que tomábamos tú y yo en Sevilla, es siempre el néctar de los Dioses. Ya puedes imaginarte con que placer tomaría yo este café de Puerto Rico, que es el primero del mundo. Y conste que no soy yo quien lo digo: lo dice la letra de aquel célebre tango que tantas veces en Cervantes oímos entusiasmados... ¿Te acuerdas, Luisito?

«No hay mejor café
que el de Puerto Rico...»

Se exagera mucho el calor tropical. Hoy tenemos aquí 30 grados. Verdad es que estamos en Febrero. Veremos en la época del aguacate, en julio y agosto...

Salgo á recorrer la población. Hasta mañana, que seguiré escribiéndote.

Febrero, 16

¡Anselmo, Anselmo, eres un perturbado! Pues no estaba escribiéndote, amigo Luis, sin decirte ni una palabra de la situación geográfica de la isla, de su descubrimiento y conquista por los españoles, de sus dimensiones, población, industria y comercio, etc. Si «el terror de los chicos del Instituto», el amigo D. Plácido, se enterase, por casualidad, de que he omitido esos datos,

buenas citas de Horacio y de Jovellanos iba á soltar por aquella boca ..

Voy, pues, á subsanar mi error.

La isla de Puerto Rico, situada en la zona tórrida, en el archipiélago de las Antillas, se halla á los 18 grados de latitud N. y á los 61 de longitud occidental del meridiano de Madrid. Tiene por límites al N. y E. el Océano Atlántico, al S. el mar de las Antillas y al O. el canal de Santo Domingo. La rodean por el E. el grupo de las islas Vírgenes, siendo las más próximas á ella Vieques, la Culebra y San Thomas; al SE. tiene la de Santa Cruz, y al O. la Mona y Santo Domingo.

La isla fué descubierta en 1493 por Cristóbal Colón en su segundo viaje, y conquistada en 1508 por D. Juan Ponce de León, quien fundó en el año siguiente, bajo el nombre de *Caparra*, el primer pueblo, cuyas ruinas, cerca de la ciudad de San Juan, pueden verse aun.

La isla es pequeña. Tiene algo más de 31 leguas de largo, cerca de 12 de ancho y unas 341 leguas cuadradas de superficie. Saliendo de Ponce, por la carretera central, á las seis de la madrugada, en modesto vehículo, tirado por una buena pareja, puede llegar un viajero cómodamente á San Juan á las ocho de la noche, atravesando así la isla, en toda su anchura, de un extremo á otro y de mar á mar.

La población, para tan exiguo territorio, es inmensa. Tiene Puerto Rico más de 800,000 habitantes. Es el país más poblado del mundo, después de Bélgica. Se cumple aquí perfectamente el precepto divino de *Crece y multiplicarse*.

Esta población se encuentra repartida en 71 municipios. Centros populosos, hay sólo tres: San Juan, Mayagüez y Ponce, y en segunda línea, San Germán, Arecibo, Yauco y Utuado. Hay, en cambio, pueblos, como Santa Isabel, Salinas, Ceiba, etc., con menos de 4,000

almas, y pueden contarse hasta 45 que no llegan á diez mil. Aunque de escasa población, en comparación con los grandes centros, no dejan de tener importancia agrícola ó comercial Lares, Juana Díaz y Guayama y los pueblos marítimos Humacao, Fajardo y Aguadilla.

No es este un país montañoso. No hay que buscar aquí un Mont-Blanc ni muchísimo menos. La isla está atravesada de E. á O. por una cadena de montañas que partiendo de las cabezas de San Juan, van á terminar junto al cabo de la Cadena en Rincón y cuyos puntos culminantes son: el Yunque de Luquillo, con 1,520 pies de altura sobre el nivel del mar, distinguiéndose á 70 millas de distancia; el Torito en Cayey y las Tetas de Cerro Gordo en San Germán.

A falta de montañas abundan aquí los ríos. Entre ríos y quebrados se cuentan más de 1,200. Los mayores son el Plata ó Toa y el Loiza ó Río Grande. El primero nace en las alturas de Guayama y desemboca, por Toabaja, en el océano atlántico. En el mismo mar desagua el Loiza, que nace en las alturas de Hato Grande. Ninguno de estos ríos, por supuesto, es un Amazonas, ni mucho menos. El mayor de ellos viene á ser, á lo sumo, como el célebre Guadalete andaluz ó el Llobregat catalán. Yo he atravesado algunos de ellos, como los israelitas el mar rojo, á pie enjuto, ó sentado sobre los almonadones de un carruaje.

Las principales producciones son la caña de azúcar, el café y el tabaco, base de la riqueza de la isla. Entre los frutos menores abundan el plátano, la batata y el ñame, que suelen ser el principal alimento del *jibaro* (campesino). Hay excelentes maderas de construcción, como el ausubo, el capá-prieto, el cedro, el pino, el roble, etc., y muchas plantas medicinales, como el té, el saúco, la malva, la zarzaparrilla, la verdolaga, etc. Entre los árboles y plantas de cierta altura, el cocotero

(palma de coco, como aquí dicen) el mangó, el tamarindo y el plátano son á la vez gala y ornamento de la campiña y delicia del paladar, por su sabroso fruto. Nada te digo del naranjo, nuestro querido árbol andaluz.... Aquí se ve por todas partes.

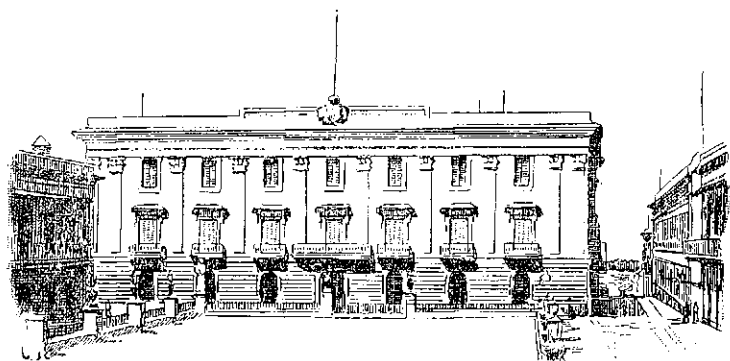


Cocotero.

En cuanto á la industria del país, cero. Aquí la industria está limitada á la elaboración del azúcar, café, tabaco, chocolate y cera. Hay alguna fábrica de fósforos (de madera) y varias de hielo, y nada más. Todo, desde el jabón hasta la cerveza—que aquí se bebe más que el agua—se trae *ya hecho* de la Península, sobre todo de Cataluña—y de los Estados Unidos.

Con respecto al comercio, como ésta es mi *especiali-*

dad, en los seis días que llevo aquí, he recogido muchos datos. No te asustes, Luis. Suprimo la *lata*... Sólo he de decirte que en el año pasado las importaciones alcanzaron la cifra de 17,446,065 pesos y las exportaciones la de 15,798,590. Y siempre pasa lo mismo. Se importa más que se exporta. El principal mercado de importación es la Península, siguiendo luego los Estados Unidos, las posesiones inglesas, Alemania é Inglaterra. En la exportación ocupa el primer lugar Cuba, le sigue los Estados Unidos y ocupa el tercer puesto la Península.



Intendencia de Hacienda — Puerto Rico.

El estado de la Hacienda pública es muy brillante. He visto el último presupuesto. En el del año pasado los gastos subieron á cerca de cuatro millones de pesos y los ingresos alcanzaron la cifra de más de cinco millones. Se liquidó con un *superavit* de más de un millón. Verdad es que aquí falta mucho que hacer, sobre todo, en obras públicas.

Suspendo por hoy el trabajo de pluma. Ya era tiempo, ¿verdad? Voy á ver si coloco por esos almacenes algunos litros de vino. Se me figura que con este negocio no aumentaré mi fortuna. Aquí no se bebe más que

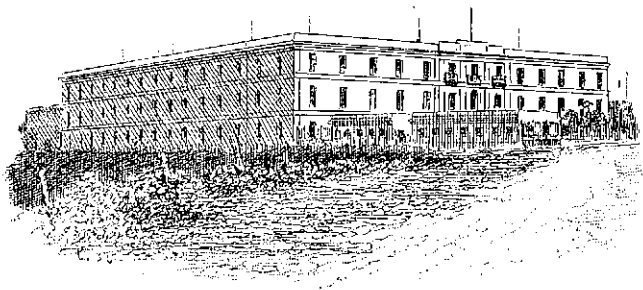
cerveza. El jerez es medicamento que suele recetar el doctor.

Buenas noches, querido Luis.

Marzo 3.

Después de un paréntesis de quince días, voy á reanudar y concluir esta carta, que saldrá mañana, Dios mediante, para Cádiz en el vapor correo directo

Ya empezaba á aburrirme de esta población, que sólo tiene dos ó tres calles—las de la Fortaleza, San Francisco y San Justo—con alguna vida y movimiento y cuyos edificios, á excepción del cuartel de Ballajá, que es notable, nada ofrecen de particular para un andaluz naci-



Cuartel de Ballajá.—Puerto Rico.

do y criado en frente de la Giralda; ya empezaba á hastiarme de las tertulias á la puerta de las boticas y de las excursiones cotidianas al vecino y pintoresco poblado de Santurce, lugar de veraneo, lleno de *chalets* y jardines, y me disponía á tomar pasaje para Santo Domingo, cuando una tarde, estando en la peluquería, ví en el sillón de al lado un caballero, cuyo rostro, aunque lleno de espuma de jabón, no me era desconocido, ó, mejor dicho, me era familiar. Aguardé á que le limpiasen la cara y... con efecto—no me había engañado—era él.

¿Quién dirás que era?... Quien menos podrás figurarte... Era el mismo, el mismísimo Jesús María Soria, tu antiguo asistente, el pillo más redomado de Triana. Recordarás que le toco la lotería y que, con un par de mil duros, diez años hace, se trasladó á esta isla, á fin de hacer mucha plata, como él decía, y retornar después á comprar un vapor para pasearse por el río.

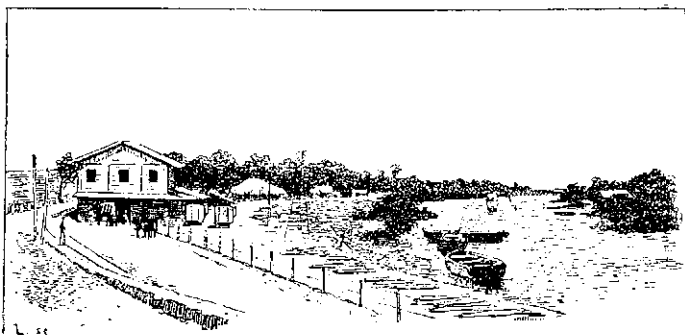
Al llegar, cayó con el vómito, pero se salvó. Estableció en las afueras, en Puerta de Tierra, un ventorrillo que á los diez meses se convirtió en *pulpería*. Y á fuerza de trabajar *más que un negro*—como trabajan aquí los peninsulares—llegó á formar un capitalito, y hoy tiene—dentro ya de la ciudad—un colmado excelente. No ha olvidado el vapor para pasearse por el Guadalquivir. Es hombre importante, concejal del Ayuntamiento y satélite del cacique de aquí.

Todo esto me lo contó—en muchas palabras, por supuesto,—después de los saludos de ordenanza y de las exclamaciones de sorpresa que son de rigor en estos casos. El buen chico de siempre, activo, avisado y con una ilustración que antes no tenía. Si le ves y le oyes, no conoces á Soria. Hablando de ti, de *su comandante*, se le humedecían los ojos.

Me convenció de que era un disparate abandonar la isla sin ver los campos y visitar las principales poblaciones. Para conocer este país, poder estudiar sus costumbres y apreciar su riqueza, opina Soria que es indispensable salir de San Juan. Se trataba de una excursión de ocho días, á lo sumo. Se prestó á acompañarme y á servirme de *cicerone*, y hasta me ayudó á hacer la maleta.

Para despedirnos de la población, asistimos por la noche á un baile de *morenos* (libreme Dios de llamarles negros) en el Casino de artesanos. La distinción y compostura que allí reinaban me causaron excelente impre-

sión. Se bailaban danzas, wals, lanceros... Los hombres vestían frac y *smoking*; las mujeres trajes de seda. El presidente de la Sociedad, un carpintero, medio poeta y orador, hacía con énfasis los honores. Agradeció nuestra visita, y haciéndonos aceptar una copa de Champagne (el Champagne corría en abundancia) brindó «por la metrópoli» y expresó, aunque con rostro com-



Estación del ferrocarril de San Juan.—Puerto Rico.

pungido, su satisfacción *embriagadora* al ver que los blancos (ya recordarás la *blancura* de Soria) no desdeñaban alternar con la honrada clase artesana del país.

Salí satisfecho y hasta orgulloso, como español, de aquella velada. Los hombres de color de esta isla son en verdad amables y cultos. Y esto tiene más mérito si se recuerda que aquí existió hasta el otro día, hasta 1873, la embrutecedora esclavitud. La bella, la admirable historia—que Jesús María me narró—del maestro Rafael Cordero, un negro filántropo, educador de todos los niños blancos de su tiempo, es una página de gloria, que honra á un país.

Las seis de la mañana. ¡ Al tren, al tren, Nos instalamos en un coche de segunda. El de primera, muy caluroso, va desierto. Atravesamos por un puente el brazo

de mar que separa la isleta de San Juan de la grande isla. Pasamos á vuelo de pájaro por Santurce. Aquí—me dice Soria—desembarcaron en 1797 los ingleses, que se presentaron con cinco navíos de guerra y doce buques de menor porte para poner sitio á San Juan, siendo rechazados después de doce días de combate. Antes de esa fecha, otras tres veces fueron también vencidos y destrozados los piratas ingleses—y entre ellos el céle-



Estancia de Santurce.—Puerto Rico.

bre Drake—cuya audaz ambición se estrelló ante el valor y la lealtad de los portorriqueños. Igual suerte corrieron, en 1625, los holandeses, al mando de su general Boduyno Enrico. Un capitán, hijo del país, D. Juan de Amézquita, fué el héroe de aquella jornada.

Nos detenemos algunos minutos en «Martín Peña.» Soria aprovecha la ocasión para *tomar la mañana*, es decir, para echarse al colete un buen trago de ron. Yo tengo sed y llamando á un vendedor ambulante, hago abrir un coco y bebo el líquido que contiene. Adelante.

La brisa del mar, después de agitar blandamente la ancha hoja del plátano y las ramas esbeltas del cocotero, nos refresca el rostro. A un lado y á otro campos de maíz. Entre «Martín Peña» y «Bayamón» se encuen-



Vendedor de cocos frescos.

tran las ruinas de *Caparra*. «Bayamón»—Pueblo muy lindo, con más de 15.000 habitantes. Hay en su territorio ricas *haciendas*. Los cañaverales se ven desde la ventanilla del tren. «Toa Baja», «Dorado», villorrios de poco más de tres mil almas, pero con campos de

fecundidad asombrosa, donde se produce la caña de azúcar. Los riega el gran río de la Plata.

«San Vicente». Nos detenemos algunos minutos. No lejos de nosotros se alzan las chimeneas de opulenta Central. La robusta caña, de más de seis metros de altura, espera ya el cortante machete que ha de hacerla caer. Poderosas máquinas funcionan en el interior del edificio. Allí tiene un palacio la industria de la elaboración del azúcar. Es una refinería, como cualquiera de las mejores de Europa. El azúcar de remolacha que se fabrica en Málaga no es ni más blanco ni más fino que el que sale de aquí.

El bueno de Soria se creyó en el deber de darme una conferencia sobre la caña de azúcar.

—Esta *gramínea*—dijo, acentuando bien la palabreja—no es originaria de América, como creen algunos. ¡Cómo que en tiempos remotos ya se cultivaba en la India! ¡Figúrese usted!... Importada á Europa por los caballeros de las cruzadas, la caña de azúcar empezó á cultivarse en Malta y en Sicilia y después en las islas Canarias. Los naturales de estas últimas tierras, al descubrirse el Nuevo Mundo, la trajeron á las Antillas. Campó por sus respetos hasta 1810; mas desde esa fecha, comenzó á erguirse la gran rival, el azúcar de remolacha, cuya elaboración tomó vuelo en Europa. Fué esta hermosa caña que usted vé, la planta esclavista por excelencia. Para la dura labor de la *hacienda* de Puerto Rico, del *ingenio* de Cuba, de la *plantación* de Jamaica y de Haití fué necesario el negro esclavo. Y el hacendado se hizo rico. Como no tenía que pagar salario al obrero, las ganancias fueron enormes. Pero el azúcar de remolacha se fué perfeccionando en Europa, y fué preciso que el azúcar de caña se perfeccionase también en América. Hubo que hacer gastos, traer maquinaria, montar refinerías, hacer venir ingenieros. Añada usted á esto

que la esclavitud quedó abolida. El precio del azúcar bajó; pero, así y todo, esas *Centrales* son minas de oro. Si, amigo D. Anselmo, este es un gran país. ¡Qué riqueza, qué cultura y, sobre todo, ¡qué paz!...

Un ruido extraño interrumpe el discurso de Soria. Era una *orquesta* de campesinos que entraba en la estación, tocando el *güicharo* la *maraca* y la *bomba*....



Músicos antillanos.—Bomba, Güicharo y Maraca.

Silba la locomotora. En marcha otra vez. «Vega-baja» —Villa con diez mil almas. Parada y cerveza...: que toma mi compañero de viaje. Se divisan extensas llanuras, sembradas de caña... En tan pequeña villa se publica un periódico. Puerto Rico—me dice Soria—es el país de los periódicos. Nada menos que 22 ven la luz.

Sólo en San Juan se publican nueve, cuatro de ellos diarios.

En «Manati» y en «Barceloneta» vuelve el tren á parar. Desde la ventanilla del wagón se ven los pequeños poblados. El campo, regado por el río Manati, produce tabaco y café. Sobre estos productos me dice Soria:

—El café es un tesoro. El mejor de la isla se recoge en Yauco, Lares y Utuado. Como el cultivo y recolección apenas ocasionan gastos, los cafeteros de Puerto Rico ven aumentar de día en día su fortuna. Ve usted cafetales por todas partes. En algunos pueblos, como Lares, no hay hierba con que nutrir una cabalgadura, porque todos los campos están sembrados de café.

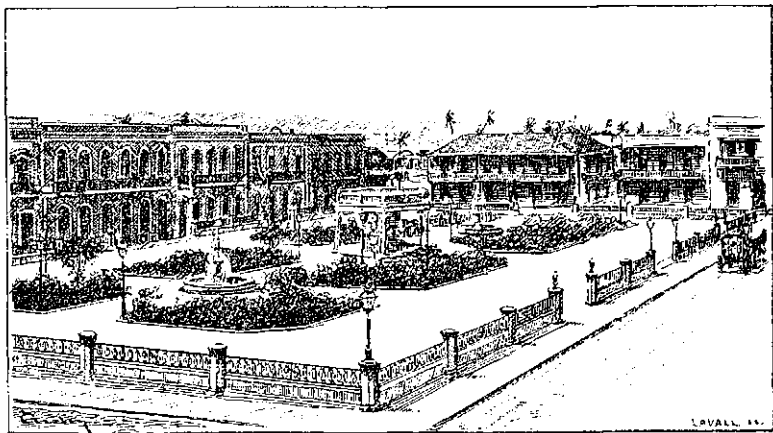
—¿Y el tabaco del país, vale?...

—Lo tengo por excelente. El de más fama es el de las jurisdicciones de Comerio y de Cayey; pero la industria de la elaboración resulta deficiente. El tabaco de aquí, por lo general, se envía en rama á Cuba; allí se elabora á la perfección, y luego de allí se exporta á la Península ó al extranjero y hasta suele volver aquí mismo y venderse como tabaco de la Habana.

El lejano rugido del Atlántico nos anuncia que el tren se acerca á «Arecibo». Cruzamos un río cuyas aguas cubre la vegetación. «Arecibo» es una importante villa —que no ha querido ser ciudad—con 36.000 habitantes. Y no ha querido ser ciudad por orgullo y por no igualarse á ciertos villorrios que, como Caguas, Humacao y Utuado ostentan, sin merecerlo, aquel título. A «Arecibo» le basta con su agricultura y su comercio y, sobre todo, con su historia, en la que tiene la página de 1702. En aquella fecha un grupo de milicianos, al mando del capitán Correa, rechazó con indomable bizarría á los ingleses, que habían desembarcado cerca de la población.

Llegamos á «Hatillo» y poco después á «Camuy» don-

de termina la vía férrea. En el camino del primer pueblo al segundo nos llama la atención la multitud de loros que *peroran* en las ramas de los árboles. Son las diez de la mañana. Bajamos del tren... almorzamos en cinco minutos y subimos al coche-correo que sale para «Agua-dilla». La carretera es de primer orden. La tierra, á un lado y otro, parece sembrada de corales... Es el grano rojo del café. Se ve alguno que otro *rancho*, rústica vi-

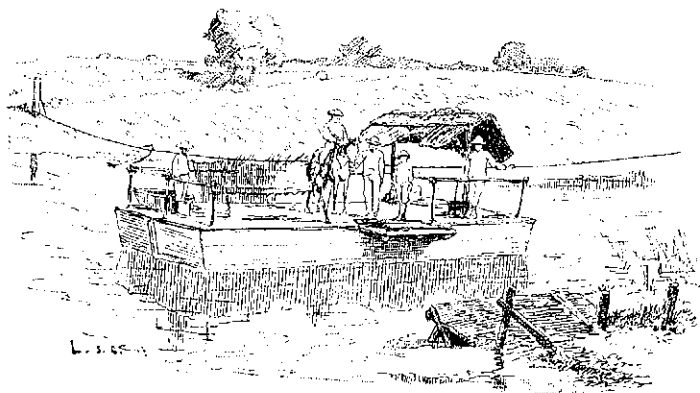


Plaza principal de Arecibo.—Puerto Rico.

vienda del *jibaro*, donde éste, sentado en la *hamaca*, toca su *tiple* y *masca* su tabaco como los indios. El tabaco—legado de los indios de Méjico á Europa—ostenta sus hojas verdes. Puestas á secar al aire cálido, van adquiriendo el color negruzco.

En «Quebradillas», pueblo de unas siete mil almas, cambiamos de tiro y, después de tomar la *inevitable* cerveza, salimos para «Isabela». Llegamos á la orilla de un río y tenemos que bajar del carruaje para pasar á un ancón, en el que embarcamos también el vehículo. En Puerto Rico son artículo de lujo los puentes.

Volvemos á oír el lejano rugido del mar. El coche para en «Isabela», pueblo de alguna importancia (14.000 habitantes) rodeado de risueñas campiñas que riega el río de la Tuna. Deja el conductor la correspondencia, é invitado por Soria, se van los dos á tomar cerveza á un ventorrillo inmediato. Yo me quedo en el coche, y empiezo á temer que no llegaremos á tiempo á «Aguadilla» para enlazar con el ferrocarril que sale de allí para «Mayagüez». Bueno anda en este país el servicio de co-



Ancón ó balsa.

reos... Y los mayagüezanos, si no reciben esta noche sus cartas culparán al alcalde ó al gobernador ó tal vez al ministro de Ultramar...

¿No lo decía yo? Llegamos á «Aguadilla» dos horas después de la salida del tren. La población es muy bella y está situada á la falda de la montaña de Jaicoa. La profunda y espaciosa rada de este pueblo está formada por el Cabo de San Francisco y la punta de Borinquen. Desde los balcones de mi fonda se ve el mar y el islote llamado el «Desecheo». La pesca es tan abundante en Aguadilla, que suele ocurrir que los peces

vuelven aburridos al mar, por no encontrar quien se los coma. Y eso que la villa tiene 15.000 habitantes. Sus antecesores rechazaron en 1797 una invasión de los ingleses y otra de los colombianos en 1825.

Pasamos aquí la noche. Al día siguiente, por la mañana, tomamos un coche y vamos á ver el sitio en que el rio Culebrinas desemboca en el mar (canal de Santo Domingo). Según un escritor del país, es el paraje en que desembarcó Colón al descubrir la isla. Una sencilla cruz de mármol, de bastante altura, se alza para recordar la fecha de 1493. A pesar de la cruz, se discute el sitio del desembarco. Mientras algunos autores sostienen que Colón desembarcó en la rada de «Mayagüez», opinan otros que el gran almirante del Océano tomó tierra en la rada de «Guayanilla». Son, por el pronto, tres pareceres, sostenidos en periódicos y folletos y defendidos con el calor de estas latitudes.

La misma tarde, después de haber visto un circo de gallos ó *gallera*, como aquí dicen, seguimos el viaje en el ferrocarril. Nos detenemos en las estaciones que corresponden á los pueblos de «Aguada», «Rincón» y «Añasco». Llegamos á «Mayagüez», la ciudad más bella, la más culta, la más hospitalaria de la isla. No tela describo. Sería, si lo hiciera, interminable esta epístola, ya demasiado extensa. Pasamos aquí unos cuantos días—obsequiados siempre como príncipes—y hacemos varias excursiones á la vecina y vieja ciudad de «San German» (fundada en 1511) y á los pueblos inmediatos de «Sábana Grande» y «Cabo Rojo», donde unos amigos de Soria nos invitaron á comer el clásico *lechón asao*, que es aquí el protagonista indispensable de todas las giras campestres. En Cabo Rojo compré para tí y para Cosme dos pares de excelentes bastones, hechos de maderas del país. Ya veréis que elegantes son.

Embarcados en el vapor «Avilés», dejamos la rada de

Mayagüez y nos dirigimos hacia «Ponce». Un viajecito de diez horas, pero agradable, con el mar como una balsa de aceite. Llegamos á la importante ciudad á que dió nombre el conquistador de la isla. Con respecto á Ponce, te repito lo que ya te dije acerca de «Mayagüez». Una resma de papel me haría falta para hablarte de «Ponce». Me quedo en esta ciudad varios días y hago una escapatoria á «Yauco», la metrópoli del café. Allí



Un malojero.

visito los cafetales, tomo nota de precios y estudio sobre el terreno el negocio... Y vuelvo á «Ponce». No lejos de la ciudad visito una rica plantación de cacao. Aquí se hace con cacao, y no con polvo de ladrillo, el chocolate sabroso...

En carruaje, por la carretera central, que es magnífica, regresamos al fin á San Juan. Los campos, de un verdor bellissimo, están casi desiertos, y sólo se alcanza á ver de vez en cuando, algún *malojero*, que conduce su borriquillo cargado de hierba. Pasamos por seis pueblos, que son: «Juana Diaz», «Coamo», «Aibonito»,

«Cayey», «Cáguas» y «Río Piedras». Y llegamos al fin, contentos del viaje, sin habernos fatigado siquiera y con un cargamento, en el coche, de tabaco, azúcar y café, regalo de los amigos más cariñosos y más espléndidos que pueden encontrarse en el mundo.

Espero el vapor para Santo Domingo. Desde allí volveré á escribirte. Entre tanto, viejo soldadote, acuérdate de tu amigo

Anselmo.

P. D. Te incluyo esa carta de Soria, con la que gozarás mucho.



Santo Domingo. - Haití.

Procedente de la vecina isla de Puerto Rico, que que daba atrás, á 120 kilómetros; á bordo del vaporcillo francés «Evandre,» entró D. Anselmo en el puerto de la vetusta ciudad de Santo Domingo, capital de la moderna República Dominicana. Harto sabía el buen andaluz que la situación del país no era próspera y que no debía, en el terreno de los negocios, hacerse ilusiones de ninguna especie. Mas español hasta la médula, á la vez que americanista fervoroso, un impulso secreto le traía á la antigua *Española*. El recuerdo de sus lecturas había hecho el milagro. Quería evocar la memoria de las escenas trágicas de los siglos xv y xvi, y revivir con la imaginación aquellos personajes tan novelescos. Santo Domingo fué el primer establecimiento fundado por los españoles en el nuevo mundo. Allí pensó en la conquista de Méjico Hernán Cortés. Allí el gobernador Bobadilla cargó de grillos y cadenas al inmortal Colón y le envió á la Península. Allí alzó su voz, que tanto resonó en el mundo, en defensa de los indios, el padre Las Casas. Allí, en fin, á principios del siglo actual, Toussaint L'Ouverture, el Washington negro, fundó un Estado independiente.

En el camino de Puerto Rico á Cuba se alza, como Venus del seno de los mares, la verdadera perla de las antillas, la hermosa y ubérrima isla de Santo Domingo

ó Haïti, que está á 120 kilómetros de Puerto Rico, á 85 de Cuba, á 180 de Jamaica y á 570 del cabo Goajira. Tiene 650 kilómetros de largo, 260 de ancho, y comprende 7.725,000 hectáreas (contando Gonave y Tortuga,) donde viven 1.500,000 hombres, en su mayoría de origen africano. En la parte occidental ó sea en la República de Haïti, se habla el idioma francés, á la criolla. En la parte oriental ó sea en la República Dominicana—donde está ahora D. Anselmo—el idioma oficial es el castellano.

Las vicisitudes por que ha atravesado la isla en los cuatro siglos que han pasado desde su descubrimiento (en 1492) hasta hoy, pueden dar asunto á dos ó tres libros voluminosos. Hasta 1696 es la isla, en toda su extensión, colonia de España. A esa fecha, multitud de aventureros franceses, que tenían asilo en la pequeña isla de Tortuga, se apoderan de la parte occidental. Este hecho de fuerza es sancionado, al año siguiente, en Europa por el tratado de Ryswick, origen de la soberanía francesa en la Antilla. Hasta 1791 tiene Francia que reprimir las sublevaciones de los negros. En 1795, por el tratado de Basilea, se apropia Francia la parte española. Seis años después, el negro Toussaint L'Ouverture proclama la independencia de la isla, que es al fin abandonada por Francia, tras siete años de encarnizadas luchas, en las que sufre el primer fracaso el poderío de Napoleón. En 1804, Dessalines, que había sido lugarteniente de Toussaint, toma el título de rey, bajo el nombre de Jacobo I y restituye á la isla su primitivo nombre de Haïti. Durante estos años de turbulencias, la mayoría de los colonos franceses abandonan las plantaciones de caña de azúcar, y huyen llevándose sus fondos á la isla de Cuba.

En 1809 sublévanse los españoles, que, al año siguiente, recobran la ciudad de Santo Domingo, después de nueve meses de sitio. En el año de 1811, la isla se halla repar-

tida entre los españoles en la parte de Santo Domingo; Cristóbal ó Enrique I, rey negro, en el cabo francés; y Petión, presidente republicano en Puerto Príncipe. 1812.—Se devuelve á España, por el tratado de París, la parte oriental de la isla. 1821.—La parte española se declara independiente. 1823.—Anexión de esta á Haïti; Boyer presidente de toda la República. 1825.—Francia reconoce la independencia mediante indemnización pecuniaria. 1844.—Santana proclama la independencia de la repú-



Cabo haítiano.—Haïti.

blica de Santo Domingo. 1845.—El negro Soulouque, bajo el nombre de Faustino I, se corona como emperador de Haïti; Paez, presidente de la República de Santo Domingo. 1853.—Santana reelegido. 1858. Gelfrad, presidente en Haïti. 1861.—Por iniciativa del presidente Santana, secundado por los generales D. Antonio y D. Emilio Alfau, y en España por O'Donnell, se hace la anexión de la República de Santo Domingo á España.—1864. Abandono de la isla por los españoles, después de costosos é inútiles sacrificios. 1865.—Restauración de la República Dominicana en la parte española.

De entonces acá ha pasado por muchas turbulencias la República Dominicana, que abarca un territorio de 50,936 kilómetros, con una población de 250,000 habi-

tantes, entre los cuales sólo se cuentan 50,000 individuos de raza blanca. Estos ciudadanos gozan, desde hace algunos años, de bastante tranquilidad, debida

Cosecha del cacao.



principalmente á la energía de carácter del general Ulises Heureaux, actual presidente, proclamado en 1886.

El territorio de la República se divide en cinco provincias: Santo Domingo, Azua de Compostela, Santa Cruz

del Seybo, Santiago de los Caballeros y Concepción de la Vega. En sus fértiles campos, que riegan entre otros ríos, el Youna y el Grande Yaque, se cultivan, aunque en pequeña escala, el tabaco, el cacao, y la caña de azúcar. Actualmente las importaciones ascienden á unos seis millones de pesos y las exportaciones á una cifra casi igual. Se exporta mucho la caoba.

A más de las poblaciones que dan nombre á las cinco citadas provincias, merecen visitarse San Cristóbal, Higüey, Puerto Plata y Samaná, cuya hermosa bahía, la mejor del país, es tan codiciada por los Estados Unidos, que varias veces han intentado comprarla.

La capital de la República, Santo Domingo, hoy con 18,000 almas, fué fundada en 1496 por Bartolomé Colón, en la orilla izquierda del Ozama. Esta ciudad, que en tiempos de Carlos V fué rica y populosa, á pesar de haber perdido mucho de su pasado esplendor, será siempre célebre por haber sido el punto en donde los conquistadores de Méjico, del Perú y de Chile formaron sus grandes proyectos y encontraron los medios de ejecutarlos. Está rodeada de murallas, flanqueadas de baluartes. Sus calles son anchas y rectas. Sus edificios más notables son la Catedral, de estilo gótico, en la que estuvieron depositadas hasta 1795, ó continúan aún—porque en esto hay diversidad de juicios—las cenizas de Colón; el antiguo palacio del gobernador, el edificio-colegio de los jesuitas y el arsenal, en el que aun se conserva una áncora que perteneció al descubridor.



Don Anselmo y otro caballero de su misma edad próximamente y que parecía mulato—tanto el sol tropical había quemado su rostro—salían de la Catedral, engolfados en sabrosa conversación.

—¡Quién nos hubiese dicho, amigo D. Carlos, la última vez que nos vimos en Méjico, que nos habíamos de volver á encontrar, al cabo de los años mil, en Santo Domingo!..

—¡Cosas de la vida! Y lo celebro tanto más, cuanto que merced á mis exhortaciones, he logrado que desista V. de su proyectado viaje á la vecina República.

—En efecto—dijo D. Anselmo—V. me ha convencido y desisto de ir á Port-au-Prince, donde pensaba embarcarme para Santiago de Cuba. Yo conocía la decadencia de Haití, pero nunca creí que llegase á tanto...



Ciudadanos de Haití.

—Pues créame V.—dijo D. Carlos—que no he exagerado. El territorio de Haití—poco más de una tercera parte de la isla—es el más bello, el más fértil de la Antilla. Nada más espléndido que las llanuras que riega el caudaloso Artibonito. Las montañas están cubiertas de bosques de pinos, de corpulentas caobas, de mil made-

ras preciosas. Los frutos tropicales crecen espontánea y abundantemente. Los recursos naturales del país son inagotables. Y, sin embargo, sus habitantes, en número de más 800,000, casi todos negros, no sacan partido de la pródiga tierra en que viven. La nación haitiana nació de la venganza, y hoy vive del odio. El negro hace la guerra al mulato, como antes los dos la hicieron al blanco. El país no ha progresado cosa alguna desde su emancipación. Hoy no se exporta azúcar, siendo el café y el palo Campeche los artículos de mayor exportación. La caña de azúcar se recoge en los antiguos ingenios abandonados por los españoles, ó en las montañas; y esos dos artículos que se exportan todavía, uno se recoge silvestre, y otro no hay más que cortarlo y llevarlo al mercado, pues también por sí mismo se reproduce.

—Es desconsolador. Y en el orden moral, en las costumbres, en el gobierno ¿se nota también el mismo atraso?

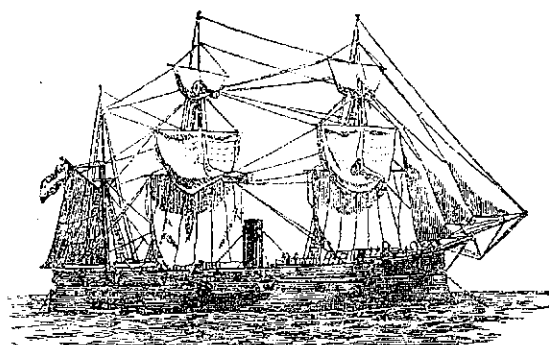
—En el orden moral, puedo decir á V. que si bien los negros más civilizados profesan la religión cristiana, la mayoría profesa, con ritos repugnantes y grotescos, la religión de *Vandoux* ó sea la adoración de la serpiente, superstición africana...

—¿Y el gobierno?

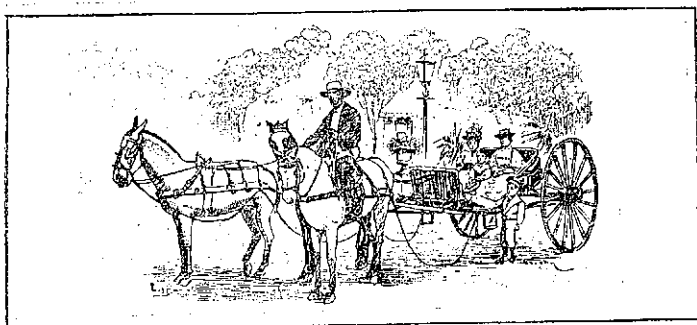
—El gobierno es una dictadura sangrienta y odiosa. Pero—eso sí—cuenta con recursos muy eficaces para hacerse temer. Un escritor portorriqueño, el Doctor Rodríguez Castro, que estuvo en Haïti el año pasado, ha publicado un libro en el que dice que en las cárceles públicas de Haïti no se da alimento á los presos. El desgraciado que allí entra, si no cuenta con recursos propios, se muere de hambre.

Los dos amigos, platicando así, llegaron al muelle. Allí supo con alegría D. Anselmo que al día siguiente el vapor español «Villaverde» debía zarpar directamente

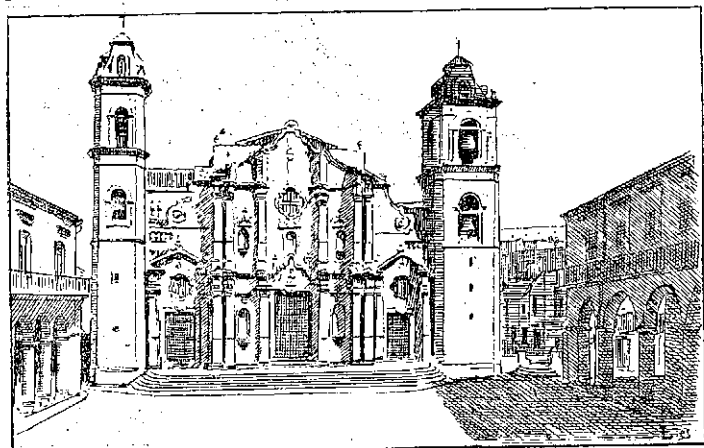
para Santiago de Cuba. Nuestro hombre vió el cielo abierto. En el acto resolvió partir; y después de comprar su pasaje, volvió á la fonda donde aun D. Carlos, que comió con él, le siguió ponderando la decadencia de Haití.



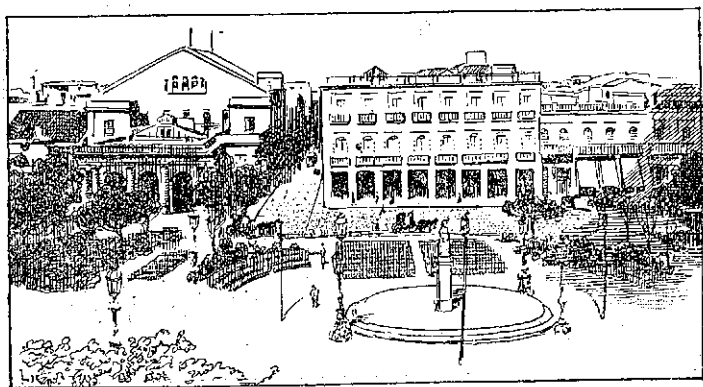
1



2



3

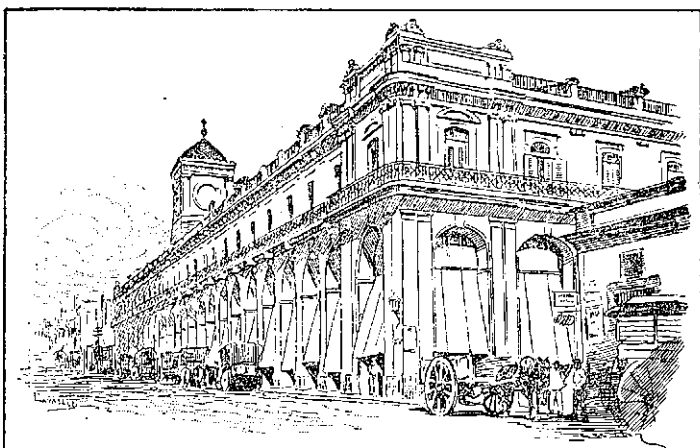


1. Volanta.—2. Catedral de la Habana.—3. Teatro Tacón, en el Parque Central.

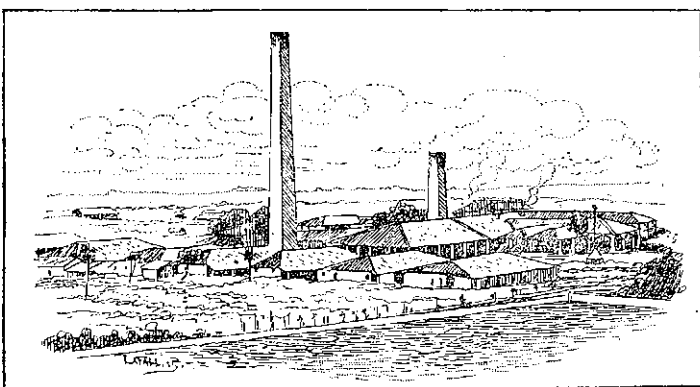
4



5



6



4. La Rentra.—5. Mercado Tacón, en la plaza del Vapor.—
6. Un Ingenio, (Cienfuegos).





LA ISLA DE CUBA

No á la hora fijada de antemano—que eso hubiera sido pedir peras al oímo tratándose de buques mercantes—sino cuando á Dios plugo, levó anclas el «Villaverde» y con paso lento y majestuoso al principio, más apresurado después emprendió su ruta. Anochecía. Los pasajeros—ya con gorra y en zapatillas bajaron al comedor. Allí se formaron varios grupos. En uno de ellos, un francés de la Guadalupe ponderaba el horror del espantoso terremoto que en 1843 convirtió en ruinas y escombros la bella ciudad de Pointe á Pitre, de la cual sólo quedaron algunos trozos de pared y el frontis de una iglesia. En otro grupo un armador de New York trataba de convencer á un dominicano, que le oía receloso, de lo conveniente que sería para la República Dominicana la cesión de la bahía de Samaná á los Estados Unidos.

El mar de las Antillas, bañado por la luz de la luna, parecía un inmenso lago de hirviente plata. Se veían distintamente las costas meridionales de la Península de Tiburón, en Haití. El «Villaverde» pasó por enfrente

de Jacmel, Saint Louis y Los Cayos. En el fondo del golfo de Goenave quedaba Port-au Prince, capital de la República negra.

Don Anselmo y el capitán del vapor, un andaluz pasado por agua, se paseaban juntos sobre cubierta. Recordaban con melancolía el lejano terruño y el río inolvidable, el Guadalquivir, cuyas aguas son quizá menos tranquilas que las del mar de las Antillas.

—Sin embargo, no hay que fiarse mucho—añadió el capitán.—Este mar que usted ve, cuando se encoleriza, es capaz de cualquier cosa. Aquí los huracanes son frecuentes y terribles. Un ciclón, en el siglo XVIII, sepultó en este mismo mar, ante Santa Lucía, toda una flota inglesa con 6.000 tripulantes; en la Martinica se tragó el mar 40 naves, con 4.000 hombres; la Barbada quedó destruida...

El capitán, puesto ya á conversar, quiso lucir sus conocimientos de náutica, y llamó la atención de D. Anselmo acerca de una particularidad que se observa en el mar de las Antillas y de la que hablan mucho los geógrafos. Se refería á las corrientes del canal de Bahama, que, dirigiéndose al N., salen al Océano libremente y forman un río que se abre camino en medio de él, por el cual conduce las aguas del mar de las Antillas y golfo mejicano hasta el banco de Terranova. Este fenómeno es muy conocido de los navegantes anglo americanos, que lo llaman *Gulf Stream* (corriente de golfo). Las aguas del *Gulf Stream*, río sin orillas y el más inmenso de todos, suelen tener 20 grados de calor y son más saladas que las del Océano que las rodean.

El vapor se dirigía hacia la Habana, pero haciendo antes escalas en Santiago de Cuba, Baracoa, Gibara y Nuevitás. Aquello iba á ser la *mar*... Previendo el caso, había comprado D. Anselmo en Santo Domingo un cuaderno en blanco, bastante voluminoso, para ir consig-

nando sus impresiones, los datos históricos que adquiriese y la pintura exacta y fiel de la multitud de cosas nuevas que suponía que había de encontrar á su paso. ¡Ah! Y también una nota detallada de precios de muchos artículos, y observaciones y estudios prácticos sobre la industria y el comercio del azúcar, el café, el ron, el tabaco, el cacao, etc. Quería D. Anselmo principalmente dos cosas: primera, hacer su negocio como un comerciante que se estima; segunda, que de aquel viaje memorable

«á la patria del cacao,
del chocolate y del café»,

como dice, con desconocimiento de la historia de la agricultura, un personaje de «La gallina ciega» no perdiesen el menor detalle los sevillanos, es decir, D. Luis y D. Cosme.

Cepillando, por supuesto, las asperezas de estilo—como hicimos con la extensa carta de Puerto Rico—copiamos á continuación una ó dos hojas del cuaderno.

En el mar, á la vista de Cuba.—Marzo, 20.

Cuba, la mayor de las grandes Antillas, la más rica en producciones y la más importante de las islas de América, está situada á la entrada del golfo de Méjico y en frente de la América central. Tiene 1234 kilómetros de largo por 150 en su parte más ancha. Por su superficie, (118.833 kilómetros cuadrados) es mayor que muchas naciones de Europa, como Portugal, Bélgica, Holanda y Suiza. Su población es de 1.521,684 habitantes. Hasta hace poco estuvo dividida en dos departamentos: el oriental y el occidental. Actualmente se divide en seis provincias, que son las de la Habana, Santiago de Cuba, Santa Clara, Pinar del Río, Matanzas y Puerto Príncipe. A más de las capitales que dan nombre á las seis provincias, hay que citar, por su importancia, á

Sancti-Spiritus, Cienfuegos, Remedios, Trinidad, Manzanillo, etc.

Colón, viniendo de las Lucayas, el 28 de octubre de 1492, descubrió la isla, que él tomó por un continente situado al extremo oriental del Asia y á la que dió el nombre de *Juaná*. Sucesivamente y antes de recibir el nombre de Cuba, llevó los de *Santiago*, *Ave Maria* y *Fernandina*. La poblaban unos 500.000 indios que habitaban en rústicos *bokios*, cultivaban algunos cereales y



Cayos del mar de las Antillas.—Cuba.

tubérculos y se sustentaban con peces. Navegaban sobre canoas formadas de un sólo tronco de un árbol, y eran sus armas unas lanzas de madera con una punta de hueso muy aguzada y unas flechas que remataban con una espina de pescado. Secaban la hoja del tabaco, la encendían, y aspiraban el humo por medio de una caña, que llamaban *cokiba*. De noche se iluminaban con *cocuyos*, especie de luciérnagas. Vivían gobernados por caciques, que ejercían un poder absoluto. Uno de ellos, llamado *Hatuei*, emigrado de Santo Domingo, ofreció resistencia tenaz á la dominación española. Sin

él es probable que la conquista de Cuba no hubiese costado ni una sola gota de sangre. Cuéntase que hecho prisionero en una acción de guerra y habiendo dado el gobernador Velázquez sus órdenes para matarle, dijo *Hatuei* al sacerdote que le auxiliaba en sus últimos instantes:

—Y oiga usted, padre: ¿encontraré españoles en el cielo de que usted me habla?

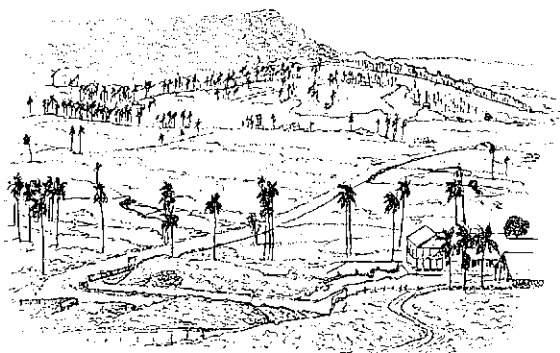
—Claro está que sí,—contestó el buen religioso;—pero he de advertirle que allí no van más que los buenos.

—Entonces,—repuso *Hatuei*—no quiero ir, porque no quiero encontrarme en ninguna parte ni con los buenos ni con los malos.

Doce años después, la raza indiana quedó reducida á 20.000 hombres. En 1560 casi no existía más que en apariencia, no habiendo desaparecido del todo porque numerosos mestizos habían nacido de la unión entre los conquistadores y las hembras indígenas. Los españoles, atraídos por la fama de Méjico, el Perú y el fantástico El Dorado, abandonaron en gran número la tierra cubana, cuya colonización no tomó consistencia hasta fin del siglo xvii. En esta época entraron en la isla muchos miles de españoles fugitivos de Jamaica, que había caído en manos de los ingleses. A fines del siglo xviii y á principios del actual recibió también Cuba la numerosa legión de los franceses de Haití, que huían de la venganza de los negros. De esta época data el desarrollo de la gran Antilla.

A consecuencia de la guerra entre España y la Gran Bretaña, en 1762 cae la Habana, después de dos meses de sitio, en poder de los ingleses, que la restituyen un año después, al hacerse la paz de Versalles. Comienza á desenvolverse lentamente el cultivo del tabaco. En 1767 Carlos III decreta la expulsión de los jesuitas de la isla. Se proclama la Constitución de 1812, que se suprime,

como en España, en 1814 y se vuelve á proclamar en 1820. De 1823 á 1830 se descubren los primeros trabajos separatistas, hechos por las sociedades secretas *Los soles de Bolívar* y *El Aguila Negra*. En 1850 y 51 se efectúan el primero y segundo desembarco del separatista Narciso López, que derrotado y hecho prisionero, muere en el cadalso. Se elige en 1867, por iniciativa del señor Cá-



Valle de Yumurí.—Cuba.

novas, ministro de Ultramar, una junta de información que va á Madrid. En 1865, en las márgenes del Yara, lanza Céspedes el grito de independencia, comenzando una guerra, que duró diez años y que terminó con la paz del Zanjón.

Cuba está ahí, ante mis ojos, con su belleza deslumbradora, con su caudaloso río Cauto, con su poético valle de Yumurí, con su elevada sierra de Cobre, cuyas brisas vienen á refrescar mi frente. ¡Salud á la colonia-mina, á la perla Antillana!



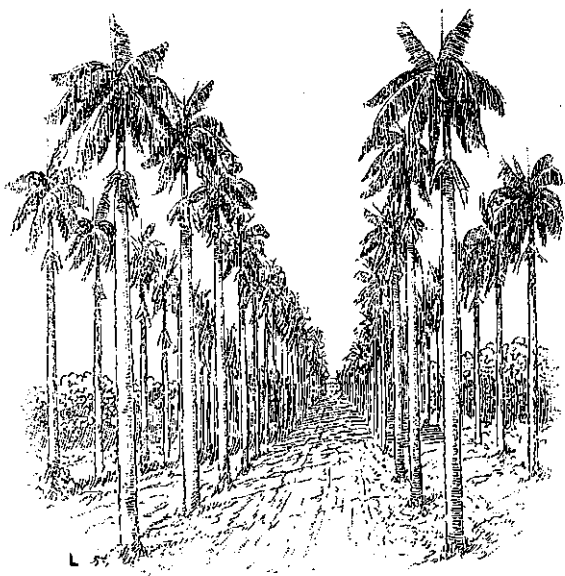
Sigue el diario de D. Anselmo.

Santiago de Cuba.—Marzo 22.

La importancia y las condiciones de las Antillas podrán ser objeto de discusión; pero ¡loado sea Dios! lo que es indiscutible, es que aquí se fuma, se toma café, y se bebe ron. Bajo un sol de fuego, sudando el quilo, toma uno un gran vaso, bien calentito, de café puro y una copa de ron, salido ayer mismo del alambique, y.... se sigue sudando horriblemente; pero pasan cinco minutos, y se queda usted más fresco que una manzana. Haga quien guste la prueba, y no le irá mal.

La segunda población de Cuba, tanto por su antigüedad como por su importancia, es Santiago. Fundada en 1514 por Diego Velázquez, á los cuatro años de su fundación se reunían en este puerto las flotas hispanas. Aquí fué alcalde Hernán Cortés, y de aquí partió para la conquista de Méjico. Saqueos de filibusteros, asedios por parte de escuadras extranjeras, rivalidades entre los gobernadores, terremotos horribles, como el de 1852, tales son los hechos que constituyen la historia de Santiago. Hoy tiene unos 38,000 habitantes, y es residencia de un arzobispo y capital de la provincia de Santiago de Cuba. Entre sus hijos más famosos figura el insigne poeta D. José María Heredia, inspirado cantor del Niágara.

La catedral, el teatro, el instituto de Beneficencia y la plaza de toros son edificios bastante notables. Las mejores plazas son las de Dolores, Santo Tomás y la de la Reina ó de Armas. La plaza-mercado de Concha es,



Paseo de palmas.—Cuba.

en su género, la más notable de Cuba, y consiste en un vasto cuadrilátero rodeado por cuatro galerías de hermosos pórticos. En el paseo de Cristina y en el de Concha, á la sombra de frondosos árboles, he pasado agradablemente algunas horas.

Marzo 23.

Creía embarcar ayer, á última hora, para seguir viaje á Baracoa, y me disponía ya á salir para el muelle cuando mi paisano el capitán del «Villaverde» cae como un rayo en mi habitación y me anuncia que hasta esta

tarde no podremos marchar. Hacía un calor espantoso, y mi paisano me invitó á ir al café para tomar un *refresco*, es decir, una copa de ron.

Estando en un mal cafetucho oyendo al pianista ejecutar *habaneras* y *guarachas*, se le ocurre al bueno del capitán que tomemos un coche para dar un paseo por el campo. Acepté con gusto, por que me hacia falta, después de un día tan caluroso, respirar aire fresco.



Un Potrero.

Serían como la diez de la noche. A un lado y á otro de la carretera por donde íbamos, sobre la hierba y en las ramas de los arbustos se veían millares de lucecillas. Eran enjambres de *cocuyos*, pequeños insectos parecidos á las luciérnagas, que despiden una luz fósforica, y brillante. Un puñado de ellos, metidos dentro de una calabaza agujereada hacen para los campesinos el papel de una lámpara, que les sirve para buscar, en medio de las tinieblas de la noche, los objetos perdidos. Dice el capitán que Humbolt cuenta en una de sus obras que, al salir de Trinidad de Cuba, vió cierta noche un número tan extraordinario de *cocuyos* que no parecía sino que *la bóveda celeste se habia caído al suelo*.

Habíamos andado como medio kilómetro. Dejamos atrás un *potrero*. La soledad del campo era hermosa, pero impo-
nente. Empiezo á creer que habíamos cometido una im-
prudencia alejándonos tanto de la población. Así se lo
manifestó al capitán; éste me anima, enseñándome su re-
volver. En esto, al volver un recodo del camino, un espec-
táculo sorprendente se ofrece á nuestros ojos. No lejos de
nosotros, casi á la orilla de la carretera, se ve el res-
plandor de las llamas. A su claridad se dibujan perfecta-
mente los trapiches de un ingenio. Nos acercamos rápi-
damente al sitio de la catástrofe. ¡Horrible y á la vez
hermoso espectáculo!.. Un incendio de un cañaveral es
una de las cosas más originales que puede soñar la fan-
tasía de un poeta. No hay incendio más alarmante ni
llamas que se propaguen con más rapidez. Nada iguala
á la furia de un cañaveral incendiado. Al saber que se
ha declarado un incendio en una plantación, tócanse
inmediatamente los cuernos de alarma; los ecos resue-
nan á lo lejos, esparciéndose la alarma por todos los
establecimientos limítrofes. La barahunda de los cuer-
nos; el ruido de los carros que conducen las bombas; la
agitación de los negros en medio del fuego, sus expresi-
vos gestos, sus faenas; los gritos de impaciencia de los
capataces; los grupos de caballos y de mulos que pasan
por el fondo del cuadro; el movimiento, el desorden y la
confusión que reinan por todas partes; los torbellinos de
humo; la marcha rápida de las llamas; el chisporroteo,
el chasquido de las cañas que se consumen; todo esto,
iluminado por los rayos de luz eléctrica que parten del
foco situado en la azotea de la fábrica, forma un con-
junto de escenas horribles y sublimes á la vez.

—Este espectáculo—me dijo el capitán—se ve aquí
casi todos los días. El propietario de ese ingenio, que
seguramente es un peninsular, pierde esta noche todo su
azúcar; más de cien mil duros, por lo menos.

Salimos de allí consternados para regresar á la población. Pero las emociones fuertes no han concluído. Cerca ya de Santiago, cuando más descuidados veníamos, un grupo de tres ó cuatro hombres armados, que estaban ocultos detras del tronco de una ceiba, sale al medio de la carretera y nos da la voz de «¡Alto!» intentando detener el coche. El capitán, puesto en pie, dispara su revolver, y nuestro postillón hace volar los caballos. Los bandidos, al verse burlados, corren tras de nosotros, haciendo fuego con sus carabinas. Por milagro de Dios y por la maestría y serenidad del cochero, ya avezado á estos lances, salimos con vida de la jornada. Nunca cochero alguno ganó mejor un centén de propina.

Nuevitas, Marzo 30.

Salimos de Santiago para Baracoa. Esta es la primera ciudad que con honores de tal fundamos en esta isla los españoles. Hoy está decaída y sólo cuenta unos seis mil habitantes. Poco hay que decir de Gibara, donde estuvimos después. Es población sin importancia. Sin embargo, á su puerto, como al de Baracoa y al de Nuevitas va á parar la inmensidad de frutos que recoge esta Antilla para enviar á todos los mercados de Europa. Llegamos ayer, á la madrugada, á Nuevitas. Esta ciudad se dedica al tráfico de cabotaje con los puertos de Vuelta Arriba y al tráfico exterior con los de Barcelona, Málaga y Santander. Como el «Villaverde» se detiene aquí un par de días, aprovecho la ocasión para tomar el ferrocarril y visitar la ciudad de Puerto Príncipe.

Santa María de Puerto Príncipe fué fundada en 1515 por orden del primer gobernador D. Diego Velázquez. En 1668 fué saqueada por el célebre filibustero Morgán, que con su desalmada gente había esparcido el terror en las costas de Cuba. En 1800, la antigua Audiencia

que existía en Santo Domingo fué trasladada á Puerto Príncipe, hasta que en 1838 se estableció en la Habana.



Márgenes del río Máximo.

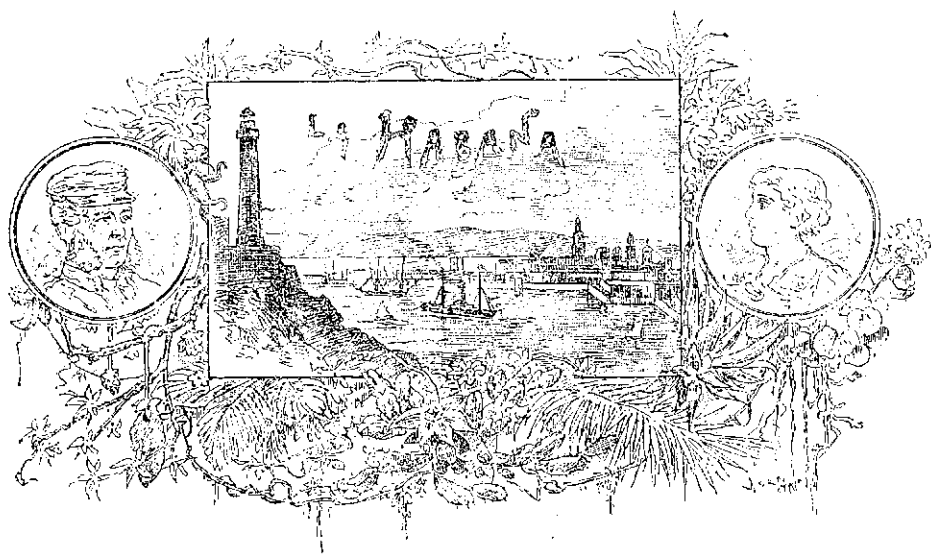
Es ciudad muy industrial, con unos 33,000 habitantes y capital de una provincia, á la que da su nombre.

Apesar de llamarse *Puerto Príncipe*, no es puerto. Una de las cosas, menos importantes sin duda, pero más famosas que allí se hacen es la conserva de guayaba que tanta nombradía ha adquirido en Europa.

Puerto Principe es la patria de la célebre poetisa D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda, autora de *Baltasar* y de otros dramas que fueron muy aplaudidos en España.



Gertrudis Gómez de Avellaneda.



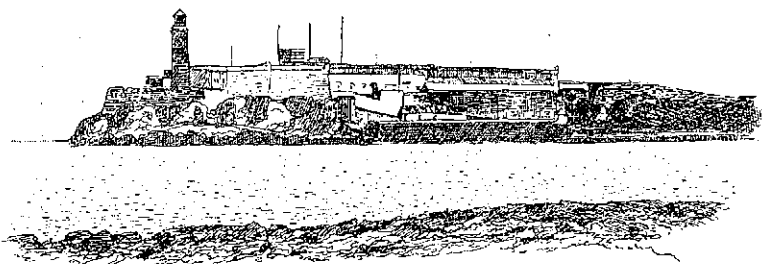
Continua y termina el diario de D. Anselmo.

Habana, Abril 10.

Al fin, al fin estoy en la capital de la isla, en la Habana famosa. Aquí es en donde puede mejor apreciarse la magnificencia de Cuba, su riqueza asombrosa. Es la Habana una población que, por todos conceptos, está á la altura de las mejores de Europa. Aquí puede un madrileño vivir sin sentir la nostalgia de la Puerta del Sol. Aquí puede llegar á viejo un barcelonés sin echar de menos la rambla de las Flores. Aquí, en fin, puedo yo, sevillano, olvidarme hasta de que existe la calle de las Serpes. Viviendo aquí, se vive *en el mundo*.

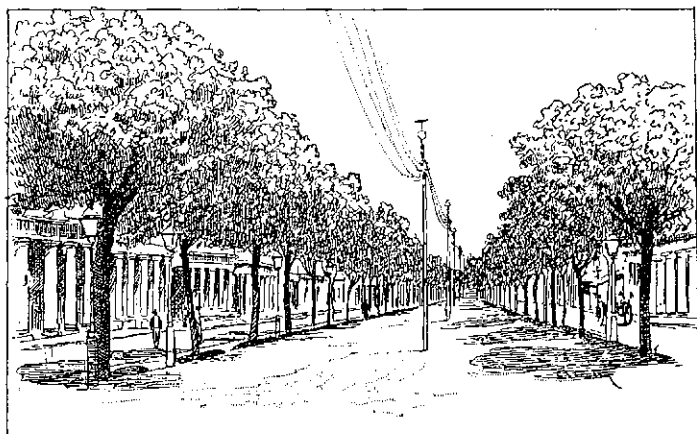
Es imposible, para mí al menos, describir la ciudad. La extensa y admirable bahía; el Morro con su magní-

fico faro; la ciudadela de la Cabaña; Casa Blanca, con sus vastos almacenes de azúcar; el arsenal y el muelle (de 680 metros de largo) empiezan por dar la impresión



El morro y entrada del puerto de la Habana.

de lo vigoroso y espléndido. Se interna uno en la ciudad y las calles de la Muralla y del Obispo, cubiertas durante el día por los toldos de las tiendas, semejan inmensos

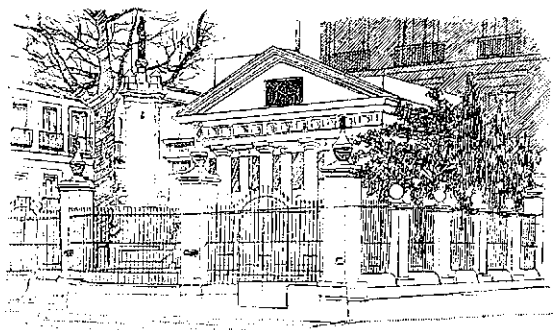


Calle del Prado.—Havana.

bazares. En la calzada del Príncipe, llena de tiendas y depósitos de tabaco, el continuo tráfico marea. Aumenta la animación en la calle del Prado ó paseo de Isa-

bel II, con más de una milla de extensión y donde se hallan el espléndido teatro de Tacón y la gran Glorieta con su fuente monumental de mármol de Carrara. Entre los edificios públicos—que no brillan por su arquitectura—es uno de los mejores la Catedral, donde, al lado del presbiterio, un modestísimo monumento guarda los restos de Colón. Sin embargo, los dominicanos sostienen que las cenizas del inmortal genovés continúan en la catedral de Santo Domingo.

También es notable El *Templete*, monumento erigido en memoria de la primera misa que se dijo en la Habana.



El Templete de la Habana.

La isla de Cuba, á pesar de sus desdichas, es opulenta. Y esto lo debe, más que á nada, á la increíble fertilidad de su suelo. La caña de azúcar, el tabaco, el café, he aquí sus tesoros. Los ingenios de azúcar son inmensamente productivos. Se calcula que veintitrés de los principales reunidos contienen 100.000 acres de tierra, 10.175 jornaleros y valen quince millones de duros. Había en Cuba, hace algunos años, 1.600 ingenios de azúcar y las cantidades que exportaban al año representaban un valor de cincuenta millones de duros. Un ingenio situado en la jurisdicción de Colón elaboró du-

rante el año 1858 la enorme cifra de 20.000 cajas de azúcar, que vendido á los precios de aquel año, valieron á su propietario 600.000 pesos. Suponiendo que los gastos de producción llegaran á 400.000, le quedaron 200.000 de ganancia, cantidad que por si sola constituye una fortuna.

Así como el café de la isla no tiene las condiciones que distinguen al café de otros países, en cambio, su tabaco es el primero del mundo. Buscado con afán por el comercio, este género, por su grande excelencia, figura como el mejor producto de la isla. Su cultivo aumenta de un modo pasmoso: en 1827 habia en la isla 5.534 vegas ó haciendas exclusivamente dedicadas al mismo; en 1846 existían ya 9.102, y hoy día las vegas que aquí se explotan no bajan de 11 á 12.000, con lo cual se ha doblado de sobra la producción de aquella planta. Esto se debe á que su cultivo es, de todos los conocidos, el que se adapta mejor á las especiales condiciones de la isla, á que el tabaco no ha menester los esfuerzos que exige la cultura de la caña dulce, y á que, en fin, este ramo de la industria agrícola no requiere, como el azúcar, un gran capital para explotarse. Ocho ó diez mil pesos son lo bastante para adquirir y explotar una vega y echar las primeras bases de una fortuna.

Pero en Cuba el azúcar y el tabaco, con ser mucho, no son todo. Es también esta hermosa isla un importante centro de cultura. Han brillado aquí y brillan aun esclarecidos ingenios, cuyos méritos son también reconocidos allende los mares. En las ciencias morales y políticas hay que hacer mención de Arango, Saco, Bernal, la Sagra, Bachiller y Morales, Muñoz del Monte, Reinoso, Jacobo de la Pezuela, Varona y otros muchos. En literatura ¿quién no conoce los nombres de *Tula* Avellaneda, de Heredia y de *Plácido*? Al lado de esta trinidad gloriosa se debe citar á otros poetas, también de gallar-

do númen, como Zenea, Milanés, Fornaris, Mendive, etcétera.

El cubano es muy aficionado á la poesía. La juventud sabe de memoria casi todos los versos de *Plácido* y de Heredia. He asistido anoche, en el teatro de Tacón, á una velada literario-musical, celebrada con un objeto benéfico, y siempre recordaré con placer aquellas deliciosas horas, pasadas entre una sociedad tan elegante y distinguida como la más selecta de Madrid y Sevilla. Una bella actriz, cuyo nombre siento no recordar, leyó admirablemente la célebre poesía titulada *La Tempestad*, de Heredia. No resisto á la tentación de transcribirla, siquiera sea como una muestra del vigor y del fuego de la Musa cubana:

LA TEMPESTAD

Huracán, huracán venir te siento,
y en tu soplo abrasado,
respiro entusiasmado
del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido,
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible
en su curso veloz. La tierra en calma,
siniestra, misteriosa,
contempla con pavor su faz terrible.

¿Al toro no miráis? El suelo escarban
de insoportable ardor sus pies heridos:
la frente poderosa levantando,
y en la hinchada nariz fuego aspirando
llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡Qué furor! El sol temblando,
vela en triste vapor su faz gloriosa,

y su disco nublado sólo vierte
luz fúnebre y sombría,
que no es noche ni día...

¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
al acercarse el huracán bramando
y en los lejanos montes retumbando
le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
su manto aterrador y majestuoso!
¡Gigante de los aires, te saludo!
En fiera confusión el viento agita
las orlas de su parda vestidura...
¡Ved! en el horizonte
los brazos rapidísimos enarca,
y con ellos abarca
cuanto alcanzó á mirar de monte á monte.

¡Obscuridad universal!.. ¡Su soplo
levanta en torbellinos
el polvo de los campos agitado!..
En las nubes retumba despeñado
el carro del Señor, y de sus ruedas
brotó el rayo veloz, se precipita,
hiere y aterra al suelo,
y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia? Desatada,
cae á torrentes, oscurece el mundo,
y todo es confusión, horror profundo;
cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Do estáis?.. Os busco en vano;
desparecisteis... La tormenta umbría
en los aires revuelve un oceano
que todo lo sepulta...

Al fin, mundo fatal, nos separamos:
el huracán y yo solos estamos.

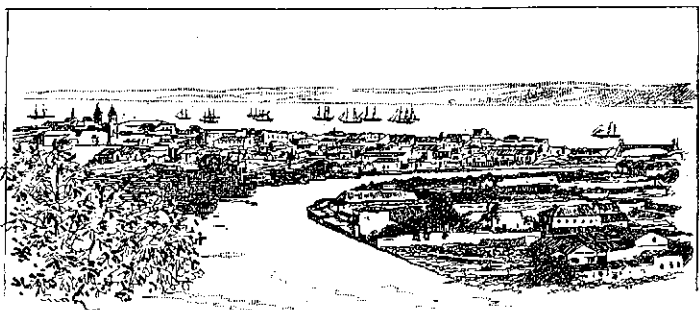
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno

de tu solemne inspiración henchido,
al mundo vil y miserable olvido
y alzo la frente de delicia lleno!

¿Do está el alma cobarde
que teme tu rugir?.. Yo en ti me elevo
al trono del Señor: oigo en las nubes
el eco de su voz; siento á la tierra
escucharle y temblar. Ferviente lloro
desciende por mis pálidas mejillas
y su alta majestad trémulo adoro.

José María Heredia, el autor de esas viriles estrofas, fué, por sus ideas anti españolas, desterrado de Cuba y después de haber vivido muchos años en los Estados Unidos y en Méjico, murió en Toluca, en 1839, á los 35 años de edad.

Pero. ¡basta de literatura! No quiero soltar algún desatino...



Vista de Matanzas.

Adelanto, aunque con pesar, mi salida de Cuba. y lamento no poder visitar la bella ciudad de Matanzas. Un magnífico vapor inglés sale mañana directamente para Jamaica. Es esta una feliz ocasión que aquí no se presenta todos los días. ¡A Jamaica, pues!



Jamaica y Mr. Raleigh.—Regreso.

No era únicamente el estímulo de la especulación mercantil lo que llevaba á D. Anselmo á Jamaica. Era también el deseo de volver á ver á Mr. Raleigh, su amigo y compañero de viaje en el «Alfonso XII». Cuando, de pie en el bote que le alejaba del trasatlántico, marchando hacia el muelle de San Juan de Puerto Rico, D. Anselmo agitaba su sombrero para despedirse de Mr. Raleigh, éste le gritó: «Hasta Kingston». En Kingston estaba, pues, nuestro andaluz, buscando á su amigo el inglés.

Kingston es la capital de la isla de Jamaica, gran Antilla inglesa. Después del vasto y espléndido *Dominio del Canadá*, es Jamaica la colonia más rica y floreciente que en el nuevo mundo posee la Gran Bretaña. Descubierta por el inmortal genovés, la bella *Xaimaca* de los indios, fué poblada por multitud de españoles, que hasta mediados del siglo xvi, á semejanza de sus otros compatriotas ya establecidos en el archipiélago y en el continente, sólo obraban y se movían á impulsos de la fiebre del oro, haciendo fracasar á las veces la política bien intencionada de los reyes de la casa de Austria, y la sabiduría y prudencia de los legisladores que supie-



Costas de Jamaica.

ron dar forma, con el transcurso del tiempo, á las famosas Leyes de Indias.

Ninguna otra de las Antillas británicas supera, ni con mucho, en extensión á Jamaica. También es la más poblada de las islas inglesas de América. Vista en el mapa, parece que se halla á igual distancia de Cuba y de Haïti. Y en efecto, de Cuba la separan 140 kilómetros; de Haïti, cinco kilómetros menos.

Tiene la isla 230 kilómetros de longitud y de 50 á 60 de anchura. La población actual es próximamente de 581.000 almas. La raza blanca forma en Jamaica una exigua minoría. Es raro topa con un europeo por las calles de Kingston. De día en día los blancos disminuyen. A fines del siglo pasado había en la isla 28.000. Hoy, según el último censo, sólo quedan 14.000. Y no hay que confiar demasiado en la exactitud de esta cifra, porque, según cuenta Reclus, en cada empadronamiento, muchos negros, á poco que no tengan del todo el color del hollín, se inscriben como blancos.

Esta ausencia casi absoluta del hombre blanco fué una de las primeras cosas que llamaron la atención de D. Anselmo Álvarez al tomar tierra en la capital de la gran Antilla inglesa. A no haber visto, en lo alto del bello edificio de la aduana, gallardearse al viento la bandera famosa de la triple cruz, hubiera creído Don Anselmo que estaba en Haïti.

En su noble empeño de saberlo todo, de enterarse de todo, el entusiasta andaluz se proponía interrogar minuciosamente á Mr. Raleigh. Abrigaba, no obstante, un temor... En Spanish Town ó sea en la vieja ciudad de Santiago de la Vega, que fundaron, á raíz del descubrimiento, los españoles, tenía Mr. Raleigh una plantación. ¿Estaría allá en aquellos días?...

El intérprete del hotel «Washington»— donde se instaló D. Anselmo—le sacó bien pronto de dudas. Mr. Raleigh

estaba en Kingston. Aquella misma mañana se le había visto en los muelles inspeccionando el embarque de una buena cantidad de bocoyes de azúcar.

—Es un excelente caballero el lord—dijo el intérprete.—¿Le trata el señor con intimididad?

—¡Oh! Con mucha. Somos amigos viejos, y como quien dice uña y carne...

El título de lord que el buen truchimán adjudicaba á Mr. Raleigh sorprendía á D. Anselmo. ¡Cómo! Ser amigo de un lord, nada menos que de un lord inglés, y haberlo ignorado hasta entonces!... Había motivos para sentirse orgulloso, y D. Anselmo saboreaba anticipadamente el inefable placer de hacer rabiarse el envidioso Luis de Aguayo, su amigote, escribiéndole: «He comido con Lord Raleigh...» Porque, claro está, para el buen sevillano era cosa segura que Mr. Raleigh le convidaría á comer.

—No tendrá usted que molestarse en ir á buscar á su amigo el lord—le dijo el intérprete acercándose á él.—Cuando está en la ciudad, siempre viene á almorzar aquí. Así es que no tardará usted en verle.

Y en efecto, como si hubiese oído estas palabras, á los pocos minutos aparecía Mr. Raleigh y se dirigía majestuosamente al comedor, después de dejar en manos del camarero el sombrero de Panamá y la sombrilla. D. Anselmo, con campechana sonrisa, y abriendo los brazos, le salió al encuentro, exclamando:

—¡Mi amigo, mi inolvidable y querido amigo!

Y como el otro tardase en reconocerle, le refrescó la memoria añadiendo:

—¿Cómo? ¿No me reconoce? ¿No se acuerda de mí? Soy Anselmo Álvarez, el español que, en febrero de este mismo año viajaba con usted en el vapor «Alfonso XII».

Se abrazaron. Sentáronse á comer juntos, y, después de haber recordado con satisfacción los once días del

vijaje á bordo del trasatlántico, hablaron de Jamaica, y D. Anselmo interrogó á su amigo sobre muchas cosas que deseaba saber.

—Nadie mejor que usted para conocer la vida íntima de esta Antilla, á cuyas clases directoras pertenece. Los lores como usted en todas partes dirigen y mandan, y en una colonia como esta, deben ser siempre lo que llamamos en España un *cacique*.

—Está usted en un error ó en dos errores. En primer lugar, yo no soy lord, ni mucho menos. Ese título, que en Londres *viste* mucho, pero que aquí, entre estos ardientes cañaverales, no tiene valor alguno, suelen dár-melo irónicamente ciertos criollos envidiosos, que me tildan de aristócrata porque tengo urbanidad y gasto ropa limpia...

Estaba algo corrido D. Anselmo, comprendiendo que acababa de hacer, contra su voluntad, cierta figura gimnástica muy conocida. Mr. Raleigh, para reanimarle, sonrió bondadosamente y echando Burdeos en la copa vacía del andaluz, continuó el palique.

—No soy, pues, aristócrata, mi querido señor Álvarez. Por el contrario, estoy satisfecho de descender de aquel Raleigh, que fué el introductor de la patata en Europa, con lo cual dispensó á las clases proletarias mayores bienes que todos los apóstoles de la democracia y el socialismo. Tampoco soy *cacique*, dignidad que aquí no se conoce. Pero, aunque no soy aristócrata, ni *cacique*, soy, eso sí, blanco, inglés puro. Mis antecesores más inmediatos, mejor dicho, menos lejanos, fueron en la Virginia *loyalistas* y combatieron á sangre y fuego la idea que representaba Washington. Eran *integristas*, como dirían ustedes los españoles. Cuando la independencia de los Estados Unidos fué reconocida, muchos miles de aquellos buenos ingleses se establecieron en Jamaica. Mi bisabuelo fué uno de ellos. Ese caso se ha repetido mil

veces en la historia de América. La raza dominadora, al verse vencida, emigra siempre. Los *loyalists* de los Estados Unidos, al venir á esta isla, no hicieron otra cosa que imitar á los 1500 compatriotas de usted que en el año 1655 vivían aquí y que emigraron entonces á Cuba porque Jamaica dejó de depender de Madrid para caer en nuestras manos.

Don Anselmo, patriota á macha martillo, ante aquel recuerdo, ante aquella evocación de la huida de los españoles de Jamaica, se puso triste... Percatándose de ello Mr. Raleigh, por un sentimiento de delicadeza perfectamente compatible con la verdad histórica, añadió:

—Fué una inmensa desgracia para nosotros la pérdida de la noble raza castellana. El español se habitúa fácilmente al clima de las Antillas; el inglés no. Y así, cuando el activo isleño de las Canarias, que desde la época del descubrimiento nos trajo del viejo mundo la caña de azúcar y nos enseñó á cultivarla, nos abandonó para emigrar á Cuba ¿qué íbamos á hacer?... En la culpa llevamos el castigo... Jamaica se inundó entonces de africanos... Fué aquello una verdadera irrupción... ¡Asómbrese usted! Desde 1680 á 1817 se introdujeron en Jamaica 2.830.000 negros. Y fíjese usted en este fenómeno. Cuando Inglaterra, en 1838, abolió la esclavitud, sólo se encontraron aquí 311.000 hombres de color.

—Ese dato me asombra—dijo D. Anselmo.—Acaso epidemias devastadoras...

—Ignoro la causa ó no debo decirla. Sólo sé que, á pesar de los rigores de la esclavitud, abolida, como he dicho á V., en 1838, casi el otro día, aquí los negros son los reyes del país. Ingleses de lengua—prescindiendo, claro está, de la gramática—los hombres de color pasan por cristianos, protestantes ó católicos (con algunos judíos) pero la mayor parte en realidad se entregan á las supersticiones traídas de la fantástica Africa. Inca-

paces hasta ahora, por una pereza que el esplendor del clima puede excusar, de explotar todos los fértiles campos de la isla, apenas han dedicado su quinta parte á la cria de ganados y al cultivo del maíz, del café, y, sobre todo, de la caña de azúcar. De esta planta sacamos el ron, y, no necesito recordar á V. que el ron de Jamaica es el primero del mundo.

—¡A quien se lo cuenta V.! Cuando estuve establecido en Méjico, comprando barato y vendiendo caro el ron de Jamaica embolsé muchas libras esterlinas. ¿Quién no ha visto en España, en los escaparates de todos los colmados, la célebre marca de la «La Negrita?» Yo hacía mis pedidos á una plantación de Sainte Elizabeth, que, si mal no recuerdo, es un distrito perteneciente al antiguo condado de Middelsex.

—Así es en efecto. Hoy la isla se divide en catorce distritos, correspondientes á los tres antiguos condados de Surrey, Middelsex y Cornwall. Los distritos más ricos son los de San Thomás, Santa Catalina, Trebavony, Saint James, Hanover y Westmóreland, llenos todos de espléndidas plantaciones de caña de azúcar. En otros distritos tienen también importancia el café, los pastos y cria de ganados, las maderas, la nuez de coco, el pimiento, el jengibre, el banano, las frutas tropicales, etc. La tierra, como toda la de las Antillas, como la de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, que V. ya ha visto, es fecunda y remuneradora. La dificultad mayor para nosotros consiste en la escasez de brazos para el cultivo. Y eso que hay en la isla cerca de 20,000 *alquilados* que, para el trabajo de las plantaciones, hemos hecho venir de la India y de la China. Los hijos del Celeste Imperio, á quienes en las Antillas encontrará usted por todas partes, cumplen con asiduidad, perseverancia y paciencia la dura ley del trabajo.

—¿Y el negro?—interrumpió D. Anselmo.

—De eso iba á hablar á V. El negro ha sido para nosotros una verdadera calamidad. Hemos purgado con exceso el delito de haber convertido á Jamaica en una tierra de esclavos; de haber hecho, desde 1658, con per-



Chinos en una plantación.—Jamaica.

juicio de España, aquel horrible contrabando, de que habla la historia, con Méjico y el Perú; de haber armado, en fin, aquella formidable piratería que fué el terror de vuestros galeones y que llegó á adueñarse de todo este hermoso mar. El negro, que fué nuestro instrumento, se volvió después contra nosotros. Sus insurrecciones

eran frecuentes, eran el pan de cada día... En 1730, á las órdenes de Cayoc, los negros se enseñorearon de gran parte de Jamaica, é Inglaterra, para someterlos, tuvo que darles caza como á fieras, valiéndose de enormes perros y de indios de la Mosquitia. Aun después de la abolición de la esclavitud ha habido levantamientos, y en 1865 fueron pasados á cuchillo más de 2.000 negros y mulatos en la parte oriental de las isla.

—Y, sin embargo, observó D. Anselmo.—Ustedes los ingleses pasan por los grandes maestros en el arte de la colonización...

—Si; de la colonización *moderna*. En los primeros tiempos, la gran maestra fué España. Nosotros *empezamos* á ser liberales desde la época de la emancipación de los Estados Unidos. Las trece colonias americanas proclaman su independencia en 1776 y la logran en 1783. Pues bien: hasta 1791, ocho años después, no estableció Inglaterra el régimen representativo en el alto y bajo Canadá, ya tocados del espíritu de revuelta de aquellas otras colonias inmediatas.

Después hemos marchado lentamente, paso á paso. Hemos tenido, como España, insurrecciones frecuentes, aspiraciones al separatismo, tentativas de anexión á los Estados Unidos... No hemos conseguido de un golpe, en un sólo momento, la libertad y la descentralización. A las leyes de 1840 y 1854 ensanchando las libertades coloniales, sucedió el Acta de 1867 que sancionó en toda su amplitud la autonomía del Canadá.

—De suerte que en esta isla gozan ustedes de la autonomía...

—No tan amplia, no tan absoluta como en el Canadá. Inglaterra, en su sistema colonial, no prescinde de la diferencia de tiempos y lugares. Inglaterra hace dos cosas: primero, afirmar y garantizar *en todas partes* los derechos fundamentales del ciudadano inglés, cuales-

quiera que sean su raza, su color y su procedencia; y segundo, reconocer la competencia de la colonia para dirigir sus propios negocios, según su cultura y sus circunstancias. Por eso, siendo el mismo el principio, éste se aplica y desenvuelve distintamente en las Antillas, en Ceilán, en Mauricio, en el Canadá, en el Cabo y en la Australia. Aquí tenemos un gobernador, nombrado por la metrópoli, con un consejo privado y otro legislativo, elegido este último por nosotros. Sobre asuntos puramente locales, nosotros hacemos nuestras leyes.

—Y la colonia, bajo ese régimen ¿prospera en realidad?

—Indudablemente. La instrucción adelanta mucho; cerca de 200.000 individuos saben leer y unos 100.000 escribir. En cuanto al comercio, las importaciones de 1888 tuvieron un valor de 1.696,000 libras esterlinas; las exportaciones 1.829 000; corresponde al comercio con Inglaterra más del 50 por 100 de la importación y el 80 por 100 de la exportación. Tenemos un ferrocarril de Kingston á Porus por Spanishtown y Old Harbour, y un ramal que va desde Spanishtown al N. hasta Ewarton. El cable submarino nos enlaza con Europa y con las otras Antillas y el continente.

Engolfados en tan instructivo diálogo ó, mejor dicho, monólogo—pues D. Anselmo había quedado reducido al simple y cómodo papel de oyente—el tiempo había corrido á gran velocidad... Mr. Raleigh sacó su reloj... Eran las tres de la tarde.

—Woe is me!—exclamó el simpático inglés.—¡Qué tarde es ya! Mis compañeros del consejo legislativo me esperan, y usted ya conoce, amigo mío, la tradicional exactitud inglesa. Se trata de tomar un acuerdo importante en el orden económico. Separémonos, pues, ya que es preciso.

—Pero ¿no nos volveremos á ver?

—¿Cómo no? Mañana mismo. Vendré á buscarle y

tendré el honor de llevarle á ver una de mis plantaciones, la mejor de ellas. Verá usted como fabricamos el azúcar, como se extrae el jugo de la caña, como se purifica por medio del calor, como después se concentra y se hace cristalizar. Es muy curioso examinar como se realizan en la práctica estas diversas operaciones.

—Mucho me agrada verlo, y ya que es V. tan amable...

—Y de paso, podrá V. admirar esta hermosa, esta espléndida naturaleza; nuestras bellas colinas, nuestras palmeras gigantes.... Verá V. las montañas Azules, cuyas cimas más altas, la Gran Cascada y el Cold Ridge tienen 2,361 y 2,488 metros. En sus picachos vemos algunos años la nieve. ¿Verdad que es un lujo para estos climas? Nuestros principales ríos, el Black, el Dry y el Cobre, que desemboca aquí cerca, en la bahía, son también muy hermosos. Jamaica, en resumen, es la perla de las Antillas inglesas.

.
Al día siguiente se afectuó la excursión. En ferrocarril, en carruaje, á lomos de jumento, á veces en bote, atravesaron media isla. D. Anselmo, henchido de satisfacción, marchando siempre de asombro en asombro, visitó, examinó, admiró y ponderó con su habitual vehemencia la magnífica plantación de Mr. Raleigh. ¡Aquello sí que era un prodigio!.. Sobre todo ¡qué maquinaria! ¡Y las bodegas del ron! ¡Ni las de Jerez!..

En epístola extensa, interminable, llena de datos y observaciones felices, dirigida á D. Luis de Aguayo, en Sevilla, consignó D. Anselmo sus impresiones de aquellos tres días memorables.

Deseando ofrecer tan sabrosa carta á nuestros lectores, hubimos de solicitar, para publicarla, la necesaria venia de D. Luis; mas éste ¡Ay! no sabía una palabra de tal epístola, la cual, con cinco sellos de correo y en un



80538560868